

LEYENDAS Y FÁBULAS PERUANAS



ENRIQUETA HERRERA GRAY

A la distinguida literata,
señora doña Carmen Bravo
Villasante, quien realiza
una fecunda labor cultural,
en pro de la unión de España
y de América, con el
afecto de su hermana en la
raza y el lenguaje,
Suziqueta Herrera Gray

Lima, 1964.

CBV

G-29

LEYENDAS Y FABULAS PERUANAS

ENRIQUETA HERRERA GRAY

SEGUNDA EDICION

ILUSTRARON :

LEYENDAS: PACO CISNEROS

FÁBULAS: ROLANDO CISNEROS

Reg. Ed. (CBV.) 31412

L I M A — P E R U

1 9 6 3

U.A.M.
EU. SANTA MARIA
BIBLIOTECA

DONACION DE
Carmen Reuz
Bravo-Villasan

UAM
UNIVERSIDAD AUTONOMA
DE MADRID

Copyright — Derechos reservados del Autor

Enriqueta Herrera Gray.

Chota Izquierda 1543 — Lima.

Teléfono: 31284

Presento, por segunda vez, esta obra cuya primera edición se agotara en breve, tiempo, hace algunos años. Al hojearla, el lector encontrará leyendas inspiradas en crónicas de los siglos XVI y XVII. Los españoles, mestizos e indios que redactaron esas crónicas, fijaron en ellas enjundiosos relatos conservados a través de milenios, mediante la tradición oral.

El volumen incluye, asimismo, cuentos folklóricos y tres fábulas originales de quien esto escribe.

La Autora

LEYENDAS BASADAS EN CRONICAS DE INDIAS

Los Ocho Hermanos, El Arbol de la Felicidad, El Espejo Mágico y los Hombres de Piedra, Los Hijos del Sol, el Vaso Encantado, El Príncipe que Conquistó las Verdes Islas.

AUTORES:

CRONICAS DE INDIAS

MIGUEL CABELLO DE BALBOA

Miscelánea Antártica y Origen de los Indios y de los Incas del Perú.

PEDRO CIEZA DE LEÓN

Del Señorío de los Incas.

JUAN DÍAZ DE BETANZOS

Suma y Narración de los Incas.

GARCILASO DE LA VEGA

Los Comentarios Reales.

FELIPE HUAMÁN POMA DE AYALA

El Primer Nueva Corónica y buen gobierno.

FERNANDO DE MONTESINOS

Memorias Antiguas, Historiales y Políticas del Perú.

POLO DE ONDEGARDO

Información acerca de la Religión y Gobierno de los Incas.

JUAN DE SANTA CRUZ PACHACUTI Historia de los Incas.

Los Ocho Hermanos

1º LA MONTAÑA MAGICA

HABIA una vez, un vallecito lleno de flores, de pájaros y de mariposas de los siete colores del arco iris. En aquel campo se elevaba un cerro distinto de los demás; se llamaba Tampu Toco y en él se veían tres grandes agujeros.

Una hermosa mañana penetró un rayo de sol por uno de aquellos huecos, en el cerro que a lo lejos parecía una gran casa desierta, con las ventanas siempre abiertas y oscuras. Al instante el interior de la enorme cueva se iluminó como si hubiera brillado un relámpago, luego comenzaron a oírse voces dentro y en seguida fueron saliendo misteriosamente por una de las ventanas, sin que nadie haya logrado saber jamás cómo pudieron brotar vivos de la tierra, cuatro hombres y cuatro mujeres. Los hombres se llamaban Ayar Manco, Ayar Cachi, Ayar Uchu y Ayar Auca; y las mujeres, Mama Ocllo, Mama Guaco, Mama Cora y Mama Raua. Los jóvenes eran fuertes y hermosos y las doncellas, lindas como flores.

Su padre era el Sol y su madre era la Tierra de donde habían brotado.

Los ocho hermanos iban vestidos con túnicas de oro tan finas que parecía la tela más delicada. Quien hubiera contemplado a aquellos seres con ropaje brillante, habría creído que sus cuerpos lanzaban rayos de luz, como el Sol.

Manco tocó el suelo con una vara de oro y en el acto salieron de ella relámpagos. El Sol habíale entregado ese objeto encantado, diciéndole:

—Hijo mío, prueba la tierra por donde pases, con esta vara y en el sitio en que se clave con firmeza, funda un gran imperio.

Después de tocar el terreno, el joven exclamó:

—No se ha hundido en este lugar; continuemos nuestra marcha.

En ese mismo instante se escuchó una voz misteriosa que decía: Shui shui. Al escucharla, Manco acercóse al oído una jaula en la que llevaba un pájaro de preciosas plumas, suaves cual la seda. El ave miró al príncipe con sus ojos que alumbraban como chispas y cantó:

—Shui, shui.

Por esta senda de tunas
seguid y no os detengáis
hasta que brille la luna.

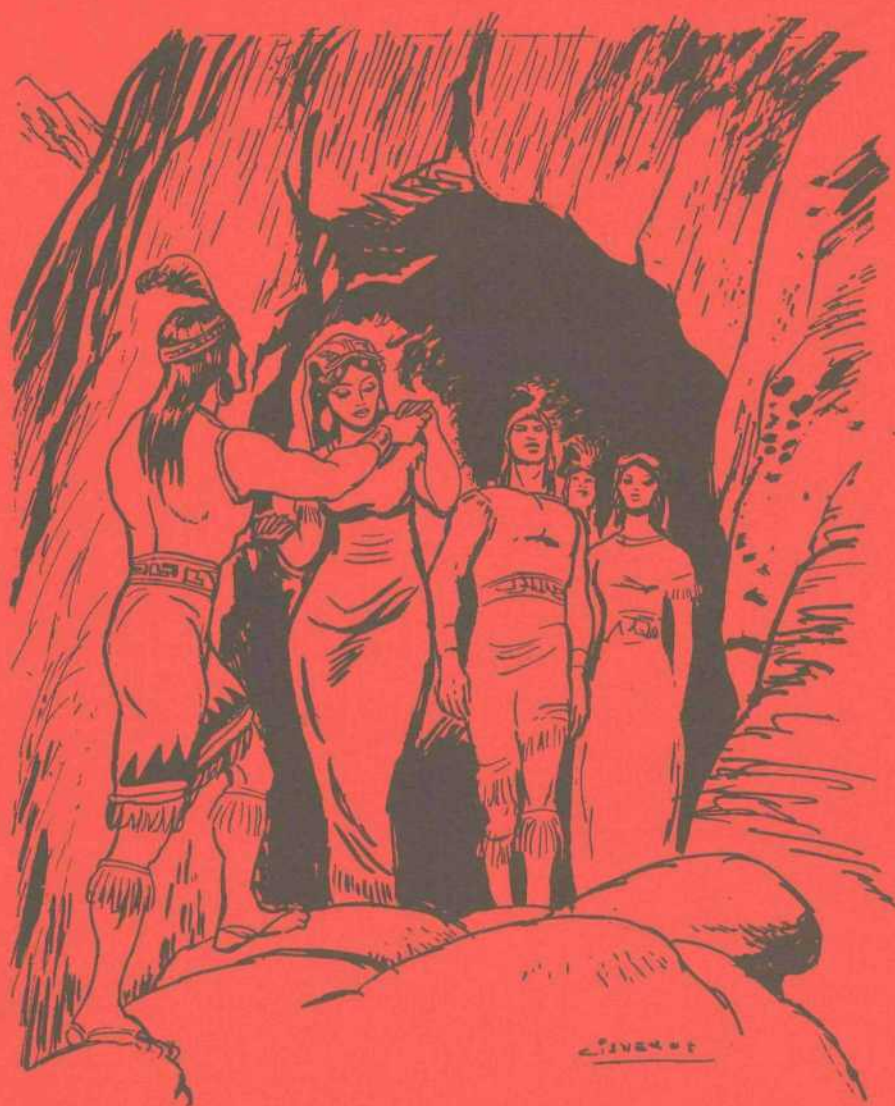
Todos obedecieron y comenzaron a andar por el tunal.

2º LAS PLANTAS ENCANTADAS

La Luna asomó bellísima, por entre las nubes cuando llegaban a un valle. Manco vio que las plumas del halcón refulgían como si fueran de plata y los ocho oyeron que el ave cantaba:

—Shui, shui.

La quinua mágica sembrad aquí;
si la coméis, fuerza os dará
y jamás nadie os vencerá.



Fueron saliendo misteriosamente, por una de las
ventanas, cuatro hombres y cuatro mujeres.

Al momento depositaron en la tierra esas semillas maravillosas y en seguida, todas las demás. Después echáronse a dormir porque estaban muy cansados.

Entonces Auca soñó que el Sol bajaba del cielo, en forma de un rey hermosísimo y que de los lugares por donde pasaba, brotaban plantas que se llenaban de frutos. El príncipe despertó al amanecer y al ver que su sueño era realidad, llamó:

—¡Hermanos, hermanos!

Los otros miraron estupefactos, el campo cubierto de plantas mágicas y Auca les contó lo ocurrido. Dieron gracias al Sol, cosecharon los frutos y Mama Ocllo preparó en un santiamén cien manjares exquisitos, iguales a los que comían únicamente el Sol y la Luna en su palacio del cielo.

—¡Ja ja ja, rió con voz de trueno Ayar Cachi, al ver las viandas. Este príncipe era muy grande y fuerte y muy alegre; comía tanto, que era capaz de devorar un venado entero. En seguida se frotó las ásperas manos, haciendo tal ruido como si restregara dos piedras y exclamó: ¡Esto merece que yo lo sazone con mi sal más fina! Sacó de sus alforjas sal tan blanca como la nieve y la regó sobre los cien platos.

Almorzaron de modo espléndido y no bien habían acabado, Manco dijo:

—Sigamos; tengo que continuar probando la tierra con mi vara:

3º EL GIGANTE APRISIONADO

Ayar Cachi, que era del tamaño de un gigante, poseía tal poder que de una sola pedrada desmenuzaba una roca y derribaba el árbol más frondoso. Caminaban una tarde cuando, de pronto, dijo:

—Miren aquel monte. ¿Quieren convencerse de que tengo más fuerza que todos ustedes?

Los demás dirigieron la vista hacia donde él señalaba y contemplaron muy lejos, una cordillera inmensa.

El gigante puso un trozo de roca en su honda y disparó en aquella dirección. Al instante, la altísima montaña que llegaba hasta el cielo, se rajó de arriba a abajo, abriéndose en ella una ancha quebrada. Luego se levantó tanta tierra que todo quedó oscuro durante largo rato.

Cuando desapareció el polvo, Cachi gritó:

—¿Se asustaron? ¡Ja ja ja!

Los otros, horrorizados, fuéronse a un lado y el mayor habló así:

—Cachi posee tal fortaleza, que puede darnos muerte en cualquier momento. Llémoslo a Tampu Toco, hagámoslo entrar ahí y encerrémoslo.

Aquella misma tarde Ayar Manco dijo a Cachi:

—Al salir de la cueva dejamos olvidados unos vasos de oro y algunas semillas. Regresa allá y tráelos.

—¿Y por qué he de ser yo quien vaya?, respondió Ayar Cachi. Anda tú.

Entonces Mama Guaco, que era muy alta y robusta, se encaro con el gigante y mirándolo con sus ojos que brillaban como carbones encendidos, exclamó con voz gruesa cual la de un hombre:

—Estás obligado a ir porque nuestro hermano mayor te lo manda. ¿De qué sirve que seas un mozo tan fuerte si no eres capaz de cumplir esta sencillísima misión? Ve inmediatamente.

Ayar Cachi bajó la cabeza, avergonzado y replicó:

—Está bien. Iré.

—Aguarda, dijo Manco. Al regreso has de venir cargado con cuanto saques de la cueva; mejor no lleves la sal porque te va a estorbar.



Mama Guaco lo miró con sus ojos que
brillaban como carbones encendidos.

—Bueno, la dejaré aquí, contestó el gigante.

Y depositando en el suelo la enorme piedra de sal, grande como una colina, que llevaba siempre sobre sus hombros, sin cansarse, emprendió el camino hacia Tampu Toco, acompañado por Uchu y Auca.

Tan luego desaparecieron detrás del cerro, dijo el pájaro:

—Shui, shui.

Recoged esa sal.

Manco y las mujeres partieron varios pedazos y los guardaron en sus bolsas.

Entre tanto, llegaron al monte los tres mozos. El gigante ingresó por la famosa ventana y no bien lo había hecho, sus hermanos taparon la abertura con una gran roca, de modo que Cachi no pudo retirar aquel obstáculo, por más esfuerzos que hizo.

Desde fuera oyeron los otros que les decía:

—¡Quitad la piedra; de lo contrario, la sacaré yo y al salir, os mataré!

Los gritos de Cachi eran terribles. Ayar Uchu y Ayar Auca sintieron que la tierra comenzaba a temblar, por los remezones que el enorme mozo daba al pedrón. Entonces huyeron espantados y pronto llegaron donde habían dejado a Manco y a sus hermanas.

El gigante estaba preso y los siete siguieron tranquilamente su camino.

4º EL VIENTO ENEMIGO

Pero al caer la tarde, empezó a correr mucho aire. Acababan de librarse de Cachi, y he aquí que ahora se hallaban frente a un enemigo más terrible aún; el Viento. Echaba sobre ellos nubes de nieve que los cegaba, y revolvía sus preciosos vestidos, con el fin de destrozarlós. Ya iba a arrojar por tierra a los príncipes y éstos pensaban que estaban a punto de morir. Por suerte pasaron ante una gruta y al momento, el pájaro cantó:

—Shui, shuí.

En esta gran cueva hallaréis abrigo
y podréis libraros de vuestro enemigo.

Ingresaron todos y taparon la abertura con una pesada roca. Mas, en el acto, escucharon que el viento movía aquella enorme piedra y que rugía:

—¡Si pretendéis seguir adelante,
de un solo soplo os mato al instante!

Pero el valiente Manco gritó con fuerza, para que su enemigo oyera:

—¡Por más que brames, Viento traidor,
no has de vencer a los hijos del Sol!

Durante aquella noche sintieron truenos espantosos, como si todas las montañas del mundo rodaran sobre sus cabezas; pero por fin amaneció y los príncipes salieron de la gruta.



¡Por más que brames, viento traidor,
no has de vencer a los hijos del Sol!

5º EL HOMBRE PAJARO

Una tarde se hallaban bebiendo chicha en vasos de oro, cuando sintieron un ruido terrible: alzaron la cabeza y vieron que se acercaba volando, Ayar Cachi, a quien le habían nacido unas enormes alas. Parecía más grande aún que antes, sus plumas brillaban con los siete colores del arco iris y sus ojos refulgían como dos hermosas estrellas.

Todos temblaron de miedo, mas el gigante descendió y les habló así:

—Os he perdonado. El Sol me envía para que os enseñe que debéis fundar el imperio allá, detrás de ese alto cerro hacia el cual voy a volar.

Luego batió las alas, haciendo tal viento, que los demás príncipes tuvieron que sujetar sus vestiduras agitadas por aquel torbellino. Después contemplaron que el gigante se elevaba como un pájaro enorme, hasta la cumbre del monte que había señalado y que, parándose en la cima, se convertía en piedra.

6° EL HUSO MAGICO

Tras mucho andar, llegaron a un hermoso bosque de lúcumos y Mama Oclolo dijo:

—Ayar Manco, ya estás rendido de inclinarte para probar la tierra con tu vara. Reposa y toma un poco de fruta.

Sentáronse y saborearon aquellas deliciosas lúcumas. Luego Rava se puso a tejer. De pronto Uchu vio brotar un maravilloso resplandor, de la tela que hacía Rava y exclamó:

—¡Cómo brillan esas hebras. No parece que tejieras con hilo, sino con rayos de luz. Tu huso es mágico!

—El Sol me lo dio con sus propias manos, por eso, estas hebras refulgen como rayos; respondió la doncella y en seguida entonó con voz bellísima una preciosa melodía que jamás había sido escuchada en el mundo. Al instante, los pajaritos que gorjeaban en los árboles, callaron, descendieron del ramaje y se pararon al rededor de la joven. Cuando cesó de cantar, las aves levantaron el vuelo, giraron en torno a ella y fuéronse por los aires, repitiendo la melodía que acababan de oír.

Los príncipes hallábanse extasiados ante aquella maravilla.

—¡Mirad!, dijo súbitamente Rava.

Ellos dirigieron la vista donde señalaba su hermana y vieron una alfombra de plumas que las aves habían dejado como regalo para la princesa.

Rava recogió las plumas y empezó a entretejerlas con las hebras de oro. Mientras tanto, el huso mágico lanzaba destellos que alumbraba el rostro bellísimo de la doncella.

7º LA ESTATUA QUE HABLA

Llegaron al cerro hacia el que había volado Ayar Cachi; en la cumbre estaba el gigante convertido en una bella figura de granito. Mas, al subir, vieron otra estatua y Ayar Uchu que iba tocando alegremente su flauta, dijo:

—¡Qué hermosa es! Yo la cargaré hasta donde vayamos. Y se puso a trepar el monte.

Los demás vieron que se derramaban de las alforjas de su hermano, cientos de ajíes amarillos como el oro, rojos como rubíes y verdes como esmeraldas; y le gritaron:

—¡Uchu, se te cae el ají!

Pero él no los oía. En un segundo estuvo junto a la figura y se sentó a descansar sobre el pedestal. Luego, como era muy conversador, le preguntó:

—¿Qué haces en este lugar tan solitario?

Al escuchar estas palabras, la estatua volvió lentamente la cabeza hacia él. ¡Dios mío! ¿Qué sucedió entonces? El joven sintió que se pegaba de tal modo a la imagen, que no podía separarse de ella, por más esfuerzos que hacía. Sus hermanos acudieron a ayudarlo pero al llegar junto a él, quedaron paralizados por el terror. La carne del mancebo se había transformado en roca durísima; el pobre príncipe no era ya, sino una figura de piedra.

—¿Uchu, qué te ha pasado?; preguntáronle llorando. Y del interior del cuerpo de granito salió una ronca voz que dijo:

—Ayar Manco, prosigue tu senda con valor;
Yo te anuncio que pronto serás emperador.

Enmudeció la estatua y el ave cantó así:

—Shui, shui.

Cultivad ese ají.

Mientras recogían los frutos de bellos colores, las doncellas sollozaban y decían:

—¿Quién nos alegrará; quién tocará en la flauta preciosas melodías, ahora que hemos perdido a Ayar Uchu?

—Yo sembraré estos ajíes, exclamó Cora, secándose las lágrimas.

—Y sus plantas serán las más lindas de la chacra que formes, dijo Manco.

—Así lo harás, añadió Mama Oclo. Ninguna de nosotras trabaja la tierra, como tú.

En el acto entregaron a la doncella los brillantes frutos que refulgían como joyas de oro, de esmeraldas y rubíes y ella los guardó en una bolsa tejida con hilos de plata. Luego los dos príncipes y las princesas continuaron subiendo la montaña.



—¡Uchu, se te cae el ají!— le gritaron,
pero él no les oía.

8° LAS PIEDRAS MALIGNAS

Ayar Auca era un príncipe que conocía todas las estrellas y sabía decir el nombre de cada una, sin equivocarse; además, encontraba cualquier camino en la puna desierta, consultando los astros del cielo.

Una mañana llegaron al pie de un cerro y Manco habló así a Auca:

—¿Ves esas piedras? Tú, que puedes descubrir las sendas más escondidas, explora ese lugar.

Y en aquel momento nació a Ayar Auca, de modo misterioso, unas alas inmensas que, moviéndose suavemente, hicieron que se elevara por los aires. Conforme el príncipe subía por el espacio, su rostro, sus vestiduras y sus alas resplandecían con luz bellísima y dorada como la del sol y el joven se tornaba más hermoso.

De pronto exclamó Cora:

—¡Mirad lo que cae de las alforjas de Auca! ¿No es maíz?

No había terminado de hablar la princesa, cuando Auca se posó en el montón de rocas e instantáneamente quedó petrificado, como sus infortunados hermanos. Y en el acto cantó el pájaro:

—Shui, shui.

Sembrad ese maíz.

Cora recogió las mazorcas de maíz blanco, amarillo y morado que acababan de caer a sus pies.

—¡Ay, dijo llorando Mama Oclo, hemos perdido a Cachi, a Uchu y a Auca; sólo nos quedas tú, Ayar Manco!

—Yo las protegeré. Confíen en mí, repuso él.

9º GUACO, LA VALEROSA

Manco y sus hermanos continuaron la marcha, a través de la puna desierta en la que crecían únicamente cactus espinosos y amarilla paja. El joven probaba sin cesar, la tierra, con su vara mágica, pero no lograba clavarla en ningún sitio. Ya se hallaban vacías las alforjas de Manco, de Mama Oclo, de Guaco y de Raua, pues habíanse terminado cuanto cogieron de las plantas maravillosas. El mancebo y las doncellas estaban cansadas y hambrientos. Entonces Manco preguntó:

—¿Cora, tú que siempre recoges frutos en los lugares por donde pasamos, no tienes nada que comer?

—Sólo me quedan tres mazorcas de maíz, una de cada clase; tres ajíes, uno de cada color; un pequeño grano de sal y un puñadito de quinua, respondió ella.

—¿Qué será de nosotros?; exclamó el joven. Y al instante, oyó la voz del pájaro que cantaba:

—Shui, shui.

¡Oh príncipe Manco, pronto llegaréis
a una hermosa aldea que conquistaréis;
en ella, alimento habréis de encontrar.
Luego, vuestra marcha debéis continuar!

Al escuchar estas palabras miraron a todos lados y distinguieron un pueblo. Mas, de pronto vieron que salían de las casas hombres armados, los cuales se dirigían contra ellos.

Pero entonces Guaco exclamó:

—¡Yo los venceré!

Y diciendo y haciendo. Amarró una piedra en el extremo de una sogá y corrió rápida como el viento, haciendo girar la cuerda en el aire. Mientras avanzaba daba gritos terribles que parecían los aullidos de un puma. Al primer guerrero que se le enfrentó, le dio muerte de una pedrada y los demás huyeron espantados.

Tomaron en aquella aldea cuanta comida quisieron y a poco, oyeron que el halcón cantaba así:

—Shui, shui.

Manco, ya te encuentras cerca
de la tierra venturosa
donde lograrás clavar
por fin, tu vara preciosa.

Recogieron muchas provisiones y emprendieron en el acto la marcha.

10° EL IMPERIO MAS FELIZ DE LA TIERRA

Subieron un empinado cerro y al llegar a la cumbre contemplaron un valle más bello que todos los que habían visto. El cielo muy azul brillaba cual un cristal, flores de todos colores perfumaban el aire y miles de pájaros cantaban. Entonces Manco levantó la vara y luego la lanzó a tierra donde quedó clavada, sin moverse a un lado ni a otro.

Al punto, llegaron de los alrededores cientos de hombres, mujeres y niños a saludar a aquel príncipe y a aquellas princesas vestidos de oro, que resplandecían como el Sol y proclamaron rey a Ayar Manco y reina a Mama Ocllo.

Al subir al trono, Ayar Manco tomó el nombre de Manco Cápac y llamó a aquel imperio, Tahuantinsuyo y ese país llegó a ser tan grande, tan rico y poderoso, que no ha vuelto a existir en el mundo otro reino igual.



Don Perezoso

(Relato Original de Enriqueta Herrera Gray)

ERA una mañana clara y linda, el sol brillaba alegremente sobre los árboles y todos los animales del bosque se hallaban muy atareados, dedicado cada cual a su trabajo.

De pronto se oyó en toda la selva, un grito agudo, como de alguien que se quejara:

—¡Ay, ay, ay, ay!

Una mariposa de alas transparentes como el cristal fue, en el acto, a posarse sobre el árbol de donde colgaba el personaje que había lanzado ese alarido.

El escandaloso se hallaba ahí, prendido con manos y pies, de la rama de un mango, mirando hacia el cielo, tan tranquilo como si nada hubiera hecho.

—¿Perezoso, qué tienes?; preguntóle.

—¡Ay, Mariposa, quién como tú, que no necesitas caminar para ir de un lado a otro, sino que de un vuelo llegas a donde quieres!; respondió él.

—¿Cómo es eso; que de un solo vuelo llego a donde quiero. Y acaso no tengo que trabajar batiendo las alas hasta cansarme y volar, a veces horas enteras, para encontrar un sitio seguro donde poder descansar?

—Digas lo que quieras, mariposa, es muy fatigoso esto de cambiar de postura cada seis horas.

Ella iba a responderle, pero él no la dejó y gritó de nuevo, con voz tan fuerte que la dejó sorda:

—¡Ay, ay, ay, ay!

Una hormiguita de cabeza colorada, que pasaba al pie del árbol, llevando su carga, la soltó y trepó a una piedra para ver mejor.

—¿Qué hay, Perezoso; qué te ocurre?; preguntóle.

—¡Ay, Hormiguita, qué feliz eres tú, que posees comida en tus graneros y la tienes a la mano cuando la necesitas!

—Perezoso, hablas como un loco; le contestó ella indignada, moviendo con mucha agitación las finas antenas de su roja cabecita. ¿Acaso los granos han venido solos a mi despensa. Quién los recoge y quién los carga, sino yo sola, sudando la gota gorda bajo el ardiente sol y a veces ensuciándome las patas entre el barro; yo, que soy tan limpia?

Pero él, sin hacer caso del discurso de doña Hormiguita, volvió a gritar:

—¡Ay, ay, ay, ay. Qué feliz eres tú; yo en cambio, tendré que arrastrarme durante media hora, para alcanzar ese mango!

—¡Perezoso, eres la vergüenza del bosque!; respondió ella y con la cabeza más roja aún por la indignación, bajó de la piedra donde había subido y emprendió el camino hacia su casa.

Mientras se alejaba oyó de nuevo la voz del animal que se quejaba:

—¡Ay, ay, ay, ay!

Esta vez fue la tortuga la que reconvino a Perezoso.

—¿Pero, se puede saber por qué te quejas. Te duele algo?; le preguntó.

—No me duele nada; pero, ¡ay, ay, ay, ay, Tortuga, quién como tú, que llevas tu casa siempre contigo y que no tienes que buscar dónde abrigarte cuando cae la lluvia!

Doña Tortuga sacó la cabeza lo más que pudo, fuera de la concha y moviendo pausadamente la pata derecha, con aire sentencioso, díjole con su voz de anciana, ya gastada por el tiempo:

—Escúchame Perezoso, yo soy el animal más viejo del bosque, bien sabes que pronto voy a cumplir cien años; pero jamás he escuchado, en mi larga vida, tantos disparates juntos, como los que tú acabas de decir. ¿No te das cuenta de que yo tengo que llevar sobre mí, invierno y verano, mi concha que es pesada y apenas

me permite mover? Si tú soportaras una carga igual, hace tiempo que te habrías dejado morir por no sufrirla. Y después de decir estas palabras volvió la espalda y se alejó caminando pausadamente.

Tanto gritaba noche y día que ya todos los animales del bosque estaban hartos de él y se preguntaban:

—¿Qué haremos para vernos libres de este quejumbroso?

Una tarde en que Perezoso se lamentaba más que de costumbre, en una forma terrible, crujió de pronto una rama y una mariposa que se hallaba cerca de aquel sitio vio brillar por entre los árboles, varios ojos negros y muchas plumas de colores. Inmediatamente la bella mariposita levantó el vuelo, espantada, dando voces:

—¡Los chunchos, los chunchos!

En efecto; ahí estaban ellos, con sus largas cushmas que les cubrían hasta los pies y con una extraña coronita de paja en la cabeza, adornada de lindas plumas verdes, rojas y amarillas.

—Los chunchos, los chunchos!; repitieron los cutpes y los periquitos y cada cual echó a correr o a volar, lo más rápidamente que pudo.

Cuando los salvajes llegaron al lugar, ya todos habían huído, menos Perezoso, que estaba ahí, colgado de una rama, gritando desaforadamente: ¡Ay, ay, ay ay!; sin haber escuchado las voces de alarma de sus compañeros, a causa del ruido que hacía él mismo al chillar.

Los salvajes volvieron a todos lados sus caras pintadas con achote, buscando presas y, viendo que no quedaba en aquel sitio ningún otro animal que nuestro amigo, apuntaron hacia él sus flechas y le dieron muerte.

Perezoso cayó a tierra pesadamente. Entonces uno de los chunchos lo recogió, lo cargó sobre sus hombros y emprendió alegremente el camino hacia su choza, pensando en el sabroso almuerzo que iban a tener aquel día.

«—○—»

Las Aventuras de un Batán



ESTA era una piedra blanca y redonda que servía de batán y se encontraba sobre un gran poyo de barro, en cierta cocina.

Pero no creáis que, por el hecho de ser piedra, no tenía sentimientos ni inteligencia; por el contrario, era muy lista y bondadosa, hasta poseía un corazón más blando que muchísimos hombres y no podía ver sufrir a nadie, sin llenarse de tristeza.

Recordaba haber vivido antes en el fondo del río. Entonces las aguas la cubrían por completo y crecían sobre ella, musgo y culantrillo. Los pececillos llegaban hasta la piedra y encontrándola muy

abrigada, hacían en ella sus nidos. A ella le agradaba mucho esto y se consideraba dichosa de poder ser útil a los demás.

Pero durante un verano en que llovió torrencialmente, las aguas del río aumentaron muchísimo; fueron subiendo y poniéndose primero amarillentas; luego, oscuras como el chocolate y al fin, de color rojo. Tánta fuerza traía la corriente, que comenzó a mover a la piedra y de pronto, de un terrible sacudón, la sacó del lugar donde se hallaba y la arrastró, haciéndola girar a gran velocidad.

Dando vueltas y tumbos, llegó la pobre a un sitio en que se atascó. Ahí quedo atontada, mientras el río bramaba sobre ella.

Así pasaron ocho días; al cabo, el agua fue disminuyendo, hasta que por fin dejó de rugir y empezó a cantar las dulces canciones que tanto gustaban a la piedra, a los peces y al musgo. La corriente seguía bajando, cada vez más. La piedra sentía que, poco a poco, iba quedándose al descubierto, hasta que por fin notó que el lugar en que se hallaba estaba completamente seco y que el agua se había retirado tánto, que entre las dos mediaba una ancha orilla.

El sol caía sobre su cuerpo, tenía mucho calor; todavía la adornaban algunos culantrillos, pero lentamente se fueron secando, hasta que, una tarde, murieron las últimas plantitas y la pobre quedóse completamente sola. Estaba tan blanca, que parecía que la habían pintado con cal y si alguien la hubiese tocado, habría sentido que quemaba.

Un día se hallaba muy triste, cuando oyó que exclamaban junto a ella:

—¡Mira, papá, qué linda piedra para un batán!

—Verdad, añadió otra voz, está bien lisa y limpiecita. Como es redonda, podremos llevarla haciéndola rodar. Será un magnífico batán.

Batán, batán, dijo para sí la piedra. ¿Qué cosa será un batán?

Los peces y el río que eran los únicos seres con quienes había hablado en su vida, jamás habían pronunciado esa palabra.

En seguida sintió que la movían y que de un empujón la hacían rodar. Y vaya si daba vueltas, parecía no haber hecho otra cosa en su vida.

Muy bien, pensó, no sabía yo que era tan buena corredora. Y encontró muy agradable ir brincando por los caminos, por esas sendas tan raras, todas de tierra, sin una gota de agua, que jamás había visto.

El hombre y el chiquillo iban tras ella que siempre los ganaba.

Por fin llegaron a la casa. La piedra vio que se abría ante sí un hueco y que por él la hacían entrar. Aquel hueco era la puerta de la cocina. Luego sintió que dos fuertes brazos la suspendían y la colocaban en alto. Acababan de ponerla sobre un poyo de barro.

Miró a su alrededor y contempló que brillaba un hermoso fuego y que una olla cantaba alegremente, lanzando humo por su ancha boca.

De pronto entró la dueño de casa y exclamó:

—¡Vaya, qué buen batán; hacía tiempo que lo necesitaba!; y tomando una cebolla, la puso encima de la piedra y la golpeó, valiéndose de una piedra más pequeña. En seguida hizo lo mismo con un trozo de carne; luego echó ambas cosas en la olla y fuese.

No le gustaron mucho aquellos golpes al batán, ni tampoco el olor de la cebolla, al que no estaba acostumbrado; pero como era muy bueno, se resignó con su nueva suerte.

En cuanto salió la mujer, de la habitación, todos los objetos de la cocina empezaron a hablar.

—Amigo batán, dijo la olla, gracias a Dios que has venido. Ahora se cocinará todo con más rapidez porque tú harás la mitad de

la labor, ablandando las cosas. Antes tenía que trabajar solita horas y horas para cocinar un trozo de carne.

—Lo mismo digo yo, exclamó el fuego; en adelante no necesitare calentar tanto las ollas.

Entonces los porongos y los mates bailaron alegremente y cantaron:

"¡Chilín, chilán.

Que viva el batán!

En ese momento entró de nuevo la patrona y al instante todos callaron y se quedaron muy quietecitos.

La mujer tomó un jarro, sacó de un gran porongo un poco de agua y fue vertiéndola en varias ollas. Entonces la piedra oyó que una voz conocida, muy dulce y bella, le hablaba; y sintió que el corazón le daba un vuelco de alegría.

—Querida amiga, decía aquella voz, por fin te volví a encontrar. A mí también me han sacado del río y me han traído hasta aquí, en un cántaro oscuro.

La patrona oía el ruido del agua al caer en las ollas, pero no podía comprender sus palabras porque ella no entendía ese idioma y después de dar un vistazo a los guisos que se cocían en el fogón, salió de la cocina.

En aquel mismo instante, un zorro asomó su rojiza cabeza por la puerta que daba a la calle y al ver al batán dijo:

—¡Hola, tenemos un huésped. Buenos días, señor batán!

—Buenos días, contestó él, a quien le hacía poca gracia el zorro. Lo conocía mucho porque lo había visto devorando a los polluelos de las huashuas y bebiendo luego en el río, hasta hartarse.

—¿Cuándo llegaste?, preguntóle el animal.

—Hoy, respondió secamente la piedra.

—Parece que estás de mal humor, dijo con tono zumbón el zorro. ¿Y de dónde has venido?

—Del río.

—¿Qué, y cómo te las compusiste para llegar hasta acá, tú que eres tan pesada y que nunca has caminado? Te traerían cargada.

—Pues debes saber que vine corriendo con mis propios pies.

—¡Ja, ja, ja, repuso el muy pleitista. Apostaría que no eres capaz de correr ni un metrol

—Antes de apostar, piénsalo bien, dijo la piedra, porque te aseguro que perderás.

—¡Qué risa! ¿Has visto alguna vez que un batán haya ganado a un zorro?

Entonces el fuego, agitando su colorada lengüecilla, dijo:

—No seas palangana, zorro. Fíjate en que estás apostando con una piedra redonda que rueda muy bien, y que vas a perder.

—¿Perder yo? ¡Zonzol! ¿No ves el aire de pesada, que tiene? Ni siquiera puede moverse.

—Zorrito, zorrito, acuérdate de cuando el sapo viejo ganó a tu abuelo en la prueba de la carrera. No vayas a acabar tú lo mismo que él, reventando por ahí, dijo el cuchillo de cortar carne, con su voz delgadita y burlona.

Al oír esto, brilláronle de rabia los ojos, le rechinaron los dientes y gritó:

—¡Apuesto, batán. Acepta, si eres valiente!

—Muy bien, dijo la piedra; pero como yo sé que eres un gran tramposo, acepto con una condición: que corramos atados con una soga.

—Perfectamente, respondió el otro; aguarda, que voy a traerla.

A los cinco minutos, estaba de regreso con una fuerte y larga cuerda.

—Yo los amarraré, dijo el cuchillo y tomando la soga, la ató alrededor del batán, rodeó después con el otro lado el cuerpo del animal e hizo luego un seguro nudo.

Entonces la piedra brincó del poyo en que se hallaba y dando vueltas, salió hasta la calle.

Fueron al camino que se dirigía hacia el río. El batán adquirió pronto gran velocidad y comenzó a dar vueltas vertiginosas; entre tanto, el zorro iba mucho más atrás, amarrado al otro extremo de la larga cuerda.

—¿Te has cansado tan pronto?; preguntó la piedra.

—Espera que ya te voy a pasar. Estoy tomando viada, contestóle el animal.

—Bueno, entonces apúrate, exclamó ella y siguió saltando alegremente.

Mas el pobre zorro, arrastrado con más rapidez a cada momento, corría con la lengua afuera, sintiendo que las fuerzas se le acababan.

—¡Te voy a ganar la apuesta!, le gritó su contrincante.

Pero el palangana no oía ya. Los oídos le zumbaban y la cabeza le daba vueltas.

Entre tanto, la piedra continuaba arrastrando al zorro que iba como una cosa sin vida, dando botes contra las rocas del camino.

—¡Corre, corre!; gritó de nuevo el batán, pero al no escuchar respuesta, miró hacia atrás y vio que lo que halaba era ya un cadá-

ver. Entonces se desató la soga, abandonó el cuerpo del vanidoso en mitad de la senda y siguió brincando hasta que llegó al río.

—¡Hurra, hurra!; exclamó él, al ver acercarse a la piedra. ¿Cómo hiciste para escapar de la cocina de aquellos hombres?

Mas, ella, que se hallaba cansada y muerta de calor, entró sin contestar, hasta el medio del cauce y allí se tumbó a descansar sobre la arena blanda, mientras el agua la refrescaba y le cantaba las dulces canciones que tanto había amado siempre.



El Arbol de la Felicidad

ERA el gran Vicaquirao un valeroso general de los ejércitos del Inca. Ninguno más hábil que él, para disparar flechas ni más rápido para protegerse con su gran escudo de madera, forrado en láminas de oro.

Cuando avanzaba por entre las filas de los contrarios, haciendo girar sobre las cabezas su maza erizada de agudas puntas de cobre, huían todos espantados. Había defendido al rey en mil combates y ganado inmensos territorios y cuantiosas riquezas.

Sucedió que los feroces Chancas, enemigos de los incas, invadieron un día el Imperio y que el Inca Yahuar-Huaca, sin valor para combatirlos, huyó dejando a su pueblo abandonado.

El general Vicaquirao, al saber la fuga del monarca y que el menor de los hijos del rey había decidido luchar contra los enemigos, se presentó ante el joven príncipe y le dijo:

—Sobrino mío, yo te ayudaré a arrojar a los invasores. Y tomando sus armas marchó con él, a la cabeza de las tropas.

Se inició el combate y el gran general se lanzó contra los Chancas, sembrando el pánico en sus filas. Flecha que disparaba su mano, enemigo que caía muerto.

Cuando la lucha iba a terminar y las tropas de Vicaquirao tenían ya la batalla ganada, uno de los Chancas hizo rodar desde un cerro una piedra inmensa que, cayendo pesadamente, hirió en la cabeza al heroico general. Desplomóse éste en tierra y su sangre empapó el suelo. Entonces dijo estas palabras a los que acudieron a atenderlo:

—Siento que voy a morir y quiero seros útil, aún después de mi muerte.

En seguida añadió, señalando un árbol seco que se elevaba en medio del campo:

—Llevadme junto a ese árbol, cavad su tallo, hasta que quede completamente hueco y luego poned mi cuerpo, en pie, dentro del tronco vacío. Ese árbol marchito florecerá mañana, de nuevo y dará frutos. Los enfermos y los desgraciados que coman de esos frutos, sanarán y volverán a ser felices. Dicho esto murió.

El príncipe lo lloró amargamente y luego, ayudado por los soldados, puso en pie el cuerpo del valiente, dentro del tronco, de la misma manera que él lo había encargado, le colocó la lanza entre las manos y luego fuese a descansar.

Aquella noche, montaron guardia alrededor del árbol, cien guerreros escogidos entre los más valerosos, armados de mazas y escudos. Al día siguiente, cuando el sol alumbró el campo, contemplaron la planta y quedaron asombrados. Querían restregarse los ojos, para convencerse de sí era cierto lo que miraban; pero no podían hacerlo, porque su obligación era permanecer inmóviles, sin levantar ni siquiera un dedo, mientras estaban de guardia.

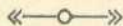
Todos sintieron deseos de preguntar a sus vecinos si ellos también veían aquel suceso tan extraordinario, mas érales prohibido, bajo pena de muerte, pronunciar una sola palabra cuando se hallaban de centinelas. Y los cien soldados permanecieron inmóviles y mudos, contemplando el árbol con los ojos enorme abiertos por el asombro.

Muy de mañana se levantó el príncipe y fue a aquel lugar, acompañado por sus generales. Pero; ¿qué vio?

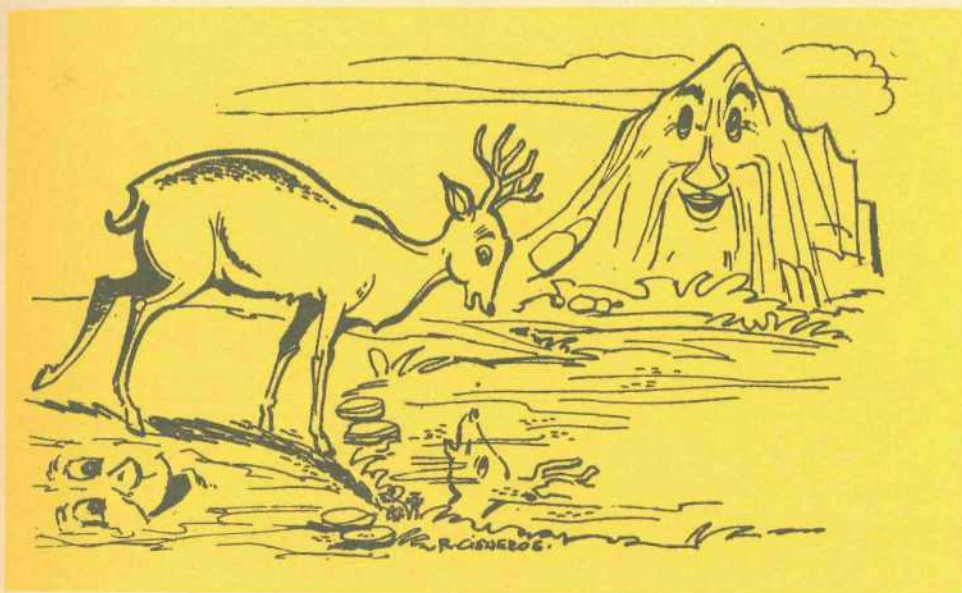
El tronco seco había revivido. Miles de hojas verdes lo adornaban y en las puntas de las ramas apiñábanse millares de frutitos rojos, en forma de bolitas.

El valeroso joven, estupefacto, cayó de rodillas junto al árbol que lo cubrió con su sombra.

Desde aquel día comenzaron a acudir al pie de la planta mágica cientos de enfermos y desgraciados. Todos comían los encarnados frutos y no bien habían probado aquellas bolitas llenas de dulce jugo, se sentían con salud instantáneamente, olvidaban sus penas, por grandes que fuesen y regresaban a sus hogares, sanos y felices.



Corazón de Oro y Corazón de Piedra



VIVIAN en un pueblo, dos hermanos con sus respectivas familias. El mayor, llamado Rumi-Soncò, (Corazón de Piedra), tenía una gran chacra llena de plantas de papa, de olluco y de cuanto puede haber y además, cien gordos cuyes. Después de cada cosecha, iba al pueblo, a vender sus productos y volvía con diez llamas cargadas con talegas de plata.

En cambio el menor, Cori-Sonco, (Corazón de Oro), era muy pobre y poseía apenas una humilde choza y un terrenito pequeño que producía sólo unos cuantos sacos de papas y de maíz.

Rumi-Sonco, (Corazón de Piedra), jamás se acordaba de regalarle a su hermano, ni siquiera una mantada de papas ni un cuye. Toda la papa que le sobraba y que ya no podía comer, la hacía chuño o papaseca, para que no se malograra.

Un día, el rico preparó una gran pachamanca en su chacra y el pobre pasó frente a aquel lugar, cuando la fiesta estaba en su apogeo. Entonces uno de los invitados dijo a Rumi-Sonco:

—¿Oye, ése no es tu hermano?

—¿Mi hermano, ese zarrapastroso? ¡Qué ocurrencia; es un peón de mi chacra, contestó él.

Al escuchar Cori-Sonco estas palabras, púsose muy triste y se dirigió al campo. Todo el día caminó sin rumbo y al llegar la noche, entró en una cueva a descansar. A los pocos momentos dormía ya, a pierna suelta y le pareció oír entre sueños, que la Pampa, la Puna y el Cerro conversaban.

La Pampa decía con voz tranquila y clara que llegaba hasta el fin del valle:

—Yo le regalaré a Cori-Sonco una olla llena de maíz blanco para que no vuelva a faltarle comida.

Luego oyó al Cerro. Su voz era tan ronca como la de un anciano. Al hablar, tosía haciendo tal ruido, que parecía que grandes piedras rodaban por su garganta.

—Yo le obsequiaré a Cori-Sonco, dijo, una olla llena de maíz amarillo para que tome de él siempre que tenga hambre.

Por último, escuchó unas palabras que venían desde muy lejos y eran de la Puna que hablaba así:

—Yo le daré una olla de maíz morado, para que coma cuanto necesite.

A la mañana siguiente despertó el pobre muy temprano y su asombro fue grande al contemplar ante sí, tres ollitas de barro. Destapólas y vio que en la primera había maíz blanco, en la segunda, maíz amarillo y en la tercera, maíz morado.

Recordó entonces, el sueño que había tenido y después de agradecer a la Pampa, a la Puna y al Cerro sus regalos, comió un poco, de cada ollita y guardó la mayor parte para su familia. Luego puso todo en sus alforjas y regresó a su choza.

En cuanto llegó, contó a su mujer el sueño que había tenido y ella, llena de curiosidad, corrió a ver las ollas.

La buena señora levantó la tapa de la que había contenido maíz morado y gritó:

—¡Cori-Sonco, mira lo que hay aquí!

Acercóse él y asombrado, contempló la olla repleta de monedas de cobre.

En seguida descubrió ella el depósito de maíz blanco y ¿qué vio? Pues nada menos que monedas de plata nuevecitas y brillantes.

Con gran ansiedad destapó la olla de maíz amarillo y ya no tuvo palabras, a causa de la gran impresión que sufrió. Aproximóse entonces el marido y exclamó:

—¡Oro, oro. Ya somos ricos!

Luego se abrazaron, llorando de felicidad. Inmediatamente compraron abundante comida, elegantes vestidos y pagaron sus deudas que eran muchas. Y, cosa extraña, por más que sacaban monedas de las ollas, el dinero no se terminaba.

En cuanto Rumi-Sonco, (Corazón de Piedra), supo que su hermano era acaudalado, fue a visitarlo, aunque antes nunca se había acordado de él.

Cori-Sonco, (Corazón de Oro), que no se había vuelto orgulloso, recibió a su egoísta hermano y lo convidó a almorzar.

Cuando terminaron de comer, el avaro dijo:

Veo con gran contento que eres rico. ¿Podrías decirme cómo has hecho para conseguir tanto dinero, tú, que hasta hace pocos días te encontrabas en la pobreza?

Entonces Cori-Sonco, que no le guardaba rencor, contóle exactamente cuanto le había ocurrido.

No bien terminó de hablar, levantóse el otro rápidamente, fuese a su casa y sin decir una palabra a nadie, tomó sus alforjas, las llenó de alimentos y se dirigió al lugar que le había indicado su hermano. Ahí esperó que anocheciera y entonces se acostó.

Largo rato tardó en dormir hasta que, por fin, lo consiguió. Pero su sueño no era tranquilo como el de Cori-Sonco sino, por el contrario, muy agitado y entonces tuvo una horrible pesadilla. Soñó que la Pampa, la Puna y el Cerro conversaban y oyó que la Pampa decía con voz tranquila y clara que llegaba hasta el fin del valle:

—A este miserable le daré yo, en vez de plata, millones de pelos tiesos y duros como los de los venados, que cubrirán desde hoy, todo su cuerpo. Luego escuchó la ronca voz del cerro que al hablar tosía, haciendo un ruido como si grandes piedras rodaran por el interior de su garganta. El Cerro habló así:

—En lugar de oro, yo le regalaré a este envidioso, un par de cuernos idénticos a los del venado.

Finalmente sintió la voz débil y lejana de la Puna que dijo:

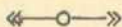
—A este egoísta que veía padecer hambre a su hermano, sin compadecerse de él, le obsequiaré, en vez de cobre, una cola exacta a la que tienen los venados.

Despertó Rumi-Sonco sobresaltado, se miró el cuerpo y vio, con horror, que lo tenía cubierto de pelo, como los venados que viven

en la puna. Contemplóse en un riachuelo que por ahí pasaba y al verse en las aguas, se dio cuenta de que le habían nacido un par de cuernos y cola. Sintió que un sudor frío lo bañaba de pies a cabeza y espantado, emprendió una carrera loca hasta su casa. Con la pata tocó la puerta de la elegante mansión; en seguida salió a abrirle su mujer y al ver ante sí a aquel animal, tomó un grueso palo y lo arrojó a garrotazos. Rumi-Sonco huyó de aquellos golpes, pero unos chiquillos la emprendieron a pedradas con él. En eso, varios hombres que llegaban del campo comenzaron a dispararle con sus hondas para cazarlo.

Entonces él, corriendo como un loco, salió del pueblo, cruzó las chacras vecinas y huyó hasta llegar a las montañas.

Desde aquel día vaga entre los cerros de la puna, el infeliz Rumi-Sonco convertido en venado, perseguido siempre por los cazadores y alimentándose de la hierba que crece entre las rocas.

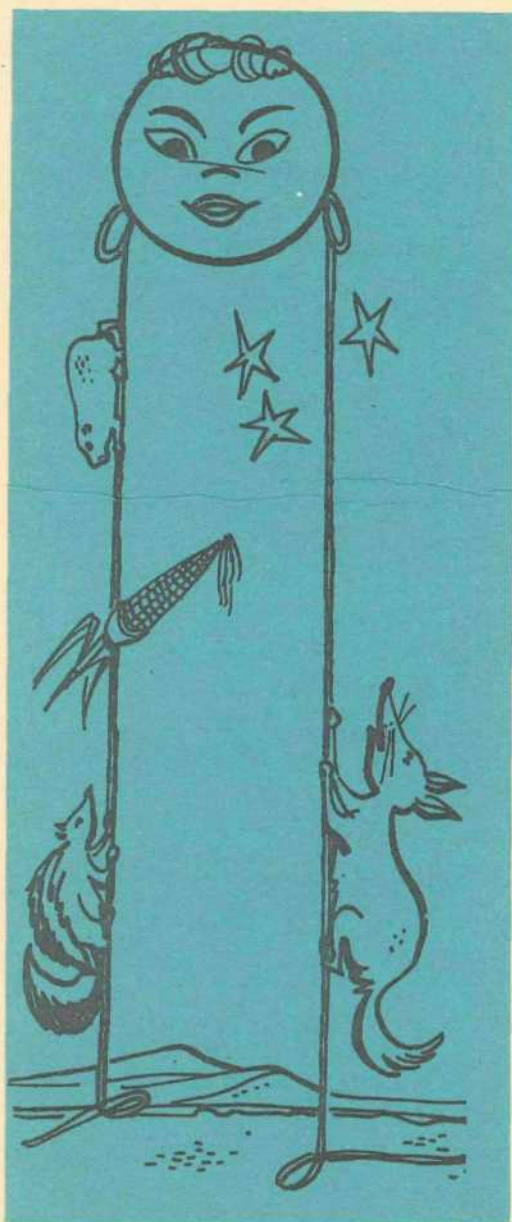


Por qué vive el Añás debajo de la Tierra

HACE muchísimos años, aun antes de que los Incas construyeran la ciudad del Cuzco, con sus palacios y jardines de oro, un zorro y un añás habitaban dos casas cercanas, hechas entre rocas, al pie de un cerro.

Ambos animales parecíanse mucho, lo cual no tenía nada de extraño, puesto que eran parientes.

Los dos acostumbraban salir de paseo en las noches. Cuando la Luna alumbraba los cerros y hacía brillar el campo como si fuera de plata, dejaban sus madrigueras, correteaban alegremente y poníanse a contemplar aquella redondela que caminaba todo el tiempo por el cielo, con la misma facilidad con que ellos se movían sobre la tierra.



—¡Ay!; dijo una noche el zorro. ¿Sabes cuál es el deseo más grande de mi vida? Ir a la Luna. Nada, ni subir hasta el Sol, ni tener las más grandes riquezas me haría tan feliz como poder llegar a la Luna.

—Mira, mi mayor deseo es otro muy distinto, contestó el añás. A mí me haría dichoso tener mi despensa repleta de esos gusanos que viven entre las raíces de las papas.

Paseaban conversando así; cuando de pronto, gritó el zorro:

—¡Mira allá arriba. Algo cae de la Luna!

Alzó la cabeza el añás y vio que, en efecto, iban bajando muy lentamente por los aires, dos objetos.

—¿Primo, exclamó el zorro; qué será eso? Parecen dos sogas. ¡Oh, qué dicha tan grande si así fuera en realidad!

—¿Y por qué no había de ser?; respondió el añás. Tal vez la Luna ha lanzado esas cuerdas para que subas por alguna de ellas.

Y en efecto, eran dos sogas que descendieron lentamente hasta tocar el suelo. Los dos animales se acercaron a mirarlas y las contemplaron estupefactos. La primera era de simple fibra, una sogá corriente como cualquier otra. Pero la segunda. . . ¡Ah, eso sí era algo verdaderamente precioso! Las hebras de finísimo oro que la formaban estaban tan bien retorcidas que la cuerda era, en realidad, una obra de arte como no habría podido hacerla ni el mejor orfebre.

Levantaron la cabeza y vieron que la Luna los miraba sonriendo. Al zorro le brillaron de alegría los ojos. ¡Por fin iba a realizar el deseo de toda su vida!

El añás preguntó:

—¿Te animas a subir? La verdad, yo no he ansiado nunca hacer este viaje, pero si tú quieres, iré sólo por acompañarte. Mas, con una condición: que me dejes trepar por la sogá de oro.

—Escoge la que quieras. A mí lo mismo me da; lo único que me interesa es llegar a la Luna; respondió el zorro.

Empezaron ambos a ascender; el añás, por la cuerda de oro y el zorro, por la de chahuar.

El añás decía para sí:

En cuanto llegue, pediré a la Luna que me regale la sogá y ella, que es una señora tan buena, no podrá negarme ese favor. ¡Qué rico voy a ser. Cómo van a envidiarme todos!

Mientras tanto, el zorro no pensaba sino en lo feliz que iba a sentirse al mirar de cerca a la Luna.

Los dos animales trepaban ligeramente cogiéndose a las sogas con todas sus fuerzas, para no caer. Tras de subir un rato, miraron hacia abajo, pero no pudieron distinguir sus casas pues, tan alto estaban ya, ellos, que apenas veían las cumbres de los cerros cubiertos de nieve.

Habían llegado a la mitad del viaje cuando, de pronto, el añás se paró en seco y contempló estupefacto su cuerda. Pestañeó varias veces, abrió los ojos lo más que pudo; acercó el hocico a la sogá, la olió, la lamió, la tocó con las patas una, dos y hasta tres veces y por fin gritó, lleno de rabia:

—¡La Luna me ha engañado. Sólo la mitad de la cuerda era de oro, lo demás es de chahuar, de miserable chahuar. Luna embustera, Luna embustera!

En ese mismo instante oyó la voz del zorro, que exclamaba lleno de alegría:

—¡Qué felicidad, las fibras de mi sogá se han convertido en hilos de oro. Gracias, gracias, amiga Luna!

En seguida escuchó el añás que su primo añadía dirigiéndose a él:

—¿Qué es lo que está bajando de la Luna, por tu cuerda? Me parece un cuy.

—Sí, es un cuy, respondió el otro, furioso.

—Ve, dijo el zorro, ya se paró. Creo que está comiendo algo.

En efecto, el animal habíase detenido a devorar una mazorca de maíz que se encontraba amarrada a la sogá.

—¡Eh, eh; grítóle el añás, alzando la cabeza; sal de ahí! ¿Qué estás haciendo. No vez que puedes cortar las fibras con tus filudos dientes y hacerme caer?

Pero el cuy parecía sordo y seguía comiendo.

—¡Oye, no te hagas el zonzo; exclamó el añás, cada vez con mayor cólera, mientras trepaba lo más rápido que podía. Vas a cortar la cuerda y me voy a matar!

Viendo el cuy que el añás se acercaba, se puso a comer con mayor velocidad. Terminó los granos y mostrando sus filudos diente-cillos, comenzó a mascar la coronta ya completamente pelada.

—¡Eh, vuélvete arriba, no sigas royendo!; chilló desesperado el añás.

Mas, el animalillo acabó de devorar la coronta y en el acto empezó a morder la sogá. Sus dientes eran muy filudos; sonaban contra la cuerda: "chirr chirr, trac trac"; y el añás vio espantado cómo el cuy iba cortando, poco a poco, los hilos de chahuar y cómo la sogá se adelgazaba más y más a cada instante.

—¡Por favor!; dijo el añás, ¿Qué daño te he hecho yo? ¡Deja de mascar la cuerda. Cuando vuelva a la tierra te regalaré todo el maíz que me pidas; si quieres, blanco; si te gusta más, amarillo o si prefieres, morado!

Pero el cuy lo miraba con sus ojitos brillantes y mordía los hilos cada vez más rápidamente.

De pronto; "crac", crujió la sogá, partióse en dos y el infeliz añás se vino abajo con la misma velocidad de una flecha.

El zorro lo miró y dijo:

—¡Pobre amigo, ahí está lo que le ha pasado, por ambicioso. Gracias a Dios que yo elegí la cuerda de chahuar!

El infortunado bajaba dando tumbos y volteretas por entre las nubes que lo miraban con pena, pero que no podían hacer nada para sostenerlo y; al fin, cayó a tierra quedando muerto en el acto.

En el sitio donde fue a parar el añás, crecieron, en ese mismo instante, cientos de plantas llenas de espinas, que aumentaron rápidamente, hasta cubrir por completo aquel campo. Y habéis de saber que todas las espinas que existen hoy en el mundo, tuvieron su origen en ese lugar.

Desde aquel día, los demás añases comenzaron a sufrir los insultos de los otros animales que les gritaban:

—¡Por la culpa de ustedes hay espinas sobre la tierra. Por culpa de su ambicioso abuelo nos hincamos cuando salimos al campo. Ese añás codicioso quiso la sogá de oro y la Luna lo castigó!

Tanto les decían todos, desde las llamas y las vicuñas, que antes jamás habían peleado con nadie, hasta las loras, que pasaban el día buscando camorra que, por fin, desesperados, se reunieron en un congreso para decidir lo que habían de hacer. Tras mucho discutir, acordaron abandonar sus casas construídas en los agujeros de las peñas, donde podían verlos e insultarlos, y hacerlas bajo la tierra.

—Cavaremos huecos y viviremos en ellos, dijeron.

—¿Pero, y de qué habremos de alimentarnos. A qué hora buscaremos nuestra comida?, preguntó uno.

—Saldremos a buscarla por la noche, respondió una añás anciana. Cuando todo el mundo duerma y nadie pueda vernos, dejaremos nuestras madrigueras e iremos al campo.

Y así fue. Desde aquel día empezaron su trabajo. Largo tiempo pasaron cavando y cavando, hasta que lograron hacer casas cómodas y una vez que las terminaron, entraron en ellas. Luego cerró cada cual su puerta, colocando una gran piedra delante. De ese modo, nadie sabría dónde vivían y no los molestarían más.

Desde entonces los añases viven debajo de la tierra y salen solamente en las noches, para comer. Se deslizan hasta las chacras de papas, cavan rápidamente la tierra y buscan los gusanos que viven entre las raíces. Malogran los sembríos, devoran cuanto quieren, pero cuando comienzan a asomar los primeros rayos de sol, huyen a esconderse de nuevo, antes de que salgan al campo los demás animales.

Y ésta es la triste historia del añás, desde el día en que aquel abuelo suyo ambicioso quiso para sí la sogá de oro.

En cuanto al zorro, no se volvió a saber de él; jamás regresó a la Tierra, a contar cómo era la Luna.



El Espejo Mágico y los Hombres de Piedra

HABÍA una vez, hace como seiscientos años, un Inca llamado Yahuar-Huaca.

Este emperador tenía siete hijos. El mayor, de nombre Urcón, era un príncipe malo y orgulloso. En cambio, el menor, Yupanqui, era bueno y afable.

Un día llegaron al palacio, corriendo muy asustados, unos soldados y avisaron al soberano que el gran ejército de los Chancas, sus enemigos, venía contra la ciudad.

Entonces el Inca despachó tres espías al campo contrario. A las pocas horas estaban los enviados de regreso.

—¡Majestad, exclamaron, las tropas que se aproximan son tan numerosas, que cubren completamente los valles y los cerros; sus guerreros son tan fuertes, que al toque de sus trompetas tiemblan las montañas!

El rey se cogió la cabeza con ambas manos y exclamó:

—¡Huyamos, porque si permanecemos aquí, nos darán muerte a todos!

—Sí, huyamos, repitió el príncipe Urcón.

Al oír Yupanqui estas palabras, adelantóse y dijo al monarca:

—Padre mío, no es posible que nos retiremos como cobardes. Yo me quedaré y lucharé contra los enemigos, hasta vencerlos.

—¡Qué loco eres!; repuso el emperador. ¿Crees que podrás arrojar a esos terribles guerreros, tú, el más joven de mis hijos? ¡Te matarán sin duda ninguna!

Entonces otros tres valerosos príncipes, añadieron:

—Padre mío, no podemos dejar solo a nuestro hermano. Nos quedaremos con él para ayudarlo.

—¡Insensatos, gritó el cobarde Urcón, todos vais a morir!

—¡Hijos míos, exclamó por última vez Yahuar-Huaca, venid conmigo! Y levantándose de su trono de oro, huyó a un valle lejano, seguido por la reina, varios de sus hijos y gran número de cortesanos.

El príncipe Yupanqui se retiró en seguida a un lugar solitario y ahí púsose a pedir a su dios el Sol, que le ayudara. Por fin, tras mucho rezar se quedó dormido.

Entonces tuvo un extraño sueño. Vio que el Sol bajaba hasta donde él, en forma de un joven bellísimo, vestido con una maravillosa túnica que despedía luz. En la mano derecha llevaba un enorme espejo en el cual se reflejaban muchísimas ciudades y en la mano izquierda tenía un arma de oro.

Luego oyó la voz del dios que le decía:

—Hijo mío, toma este espejo. Tú serás rey de todas las naciones que observas aquí, si haces lo que te ordeno. Y dándole en

seguida el arma, que era una estófica, añadió: —Con esto vencerás a los Chancas. Ve y lucha contra ellos. Si combates con valor, enviaré en tu auxilio muchísimos soldados para que te ayuden en el momento más difícil de la batalla.

Despertóse el príncipe y su asombro fue enorme, al hallar junto a sí el maravilloso espejo. Estaba formado por una finísima lámina de plata y en ella volvió a contemplar las grandes ciudades que había visto en sueños. Pudo mirar el interior del palacio del rey de los Chancas, quien se encontraba tomando un almuerzo magnífico. Cien soldados de caras feroces lo custodiaban y servían la mesa cincuenta mayordomos. Miró luego dentro de los inmensos cuarteles y vio que estaban desiertos, pues todos los soldados, excepto la guardia del monarca, habían marchado a atacar el Cuzco. Los bosques que rodeaban aquel país, eran extensísimos; las chacras, muy bien cultivadas y llenas de abundantes frutos.

Entonces arrodillóse Yupanqui, dio gracias al Sol y tomando el espejo y el arma de oro, regresó a su palacio. Ahí contó a sus hermanos lo sucedido y mandó un espía para que observara al enemigo.

Pronto volvió el enviado, corriendo a todo correr.

—Señor; le dijo, postrándose a sus pies; los Chancas, al saber que vuestro padre ha huído, se han vuelto locos de alegría y, en este mismo momento, están celebrando un gran banquete. Todos se hallan completamente borrachos, desde el jefe hasta el último soldado.

—¡Magnífico!, repuso Yupanqui.

Al día siguiente; de madrugada, cuando apenas había una luz muy débil en el cielo, marcharon el príncipe y su ejército contra los enemigos, que todavía dormían pesadamente la borrachera de la víspera; y entrando en el campamento, sin que nadie los sintiera, comenzaron a dar muerte a diestra y siniestra.

Los Chancas, al oír el ruido de las armas y los terribles gritos de los heridos, despertaron por fin y su espanto fue grande cuando vieron que los soldados del Cuzco estaban sobre ellos. Yupanqui los

atacaba con la estófica de oro que le había dado su dios y de cada golpe dejaba diez o doce hombres tendidos.

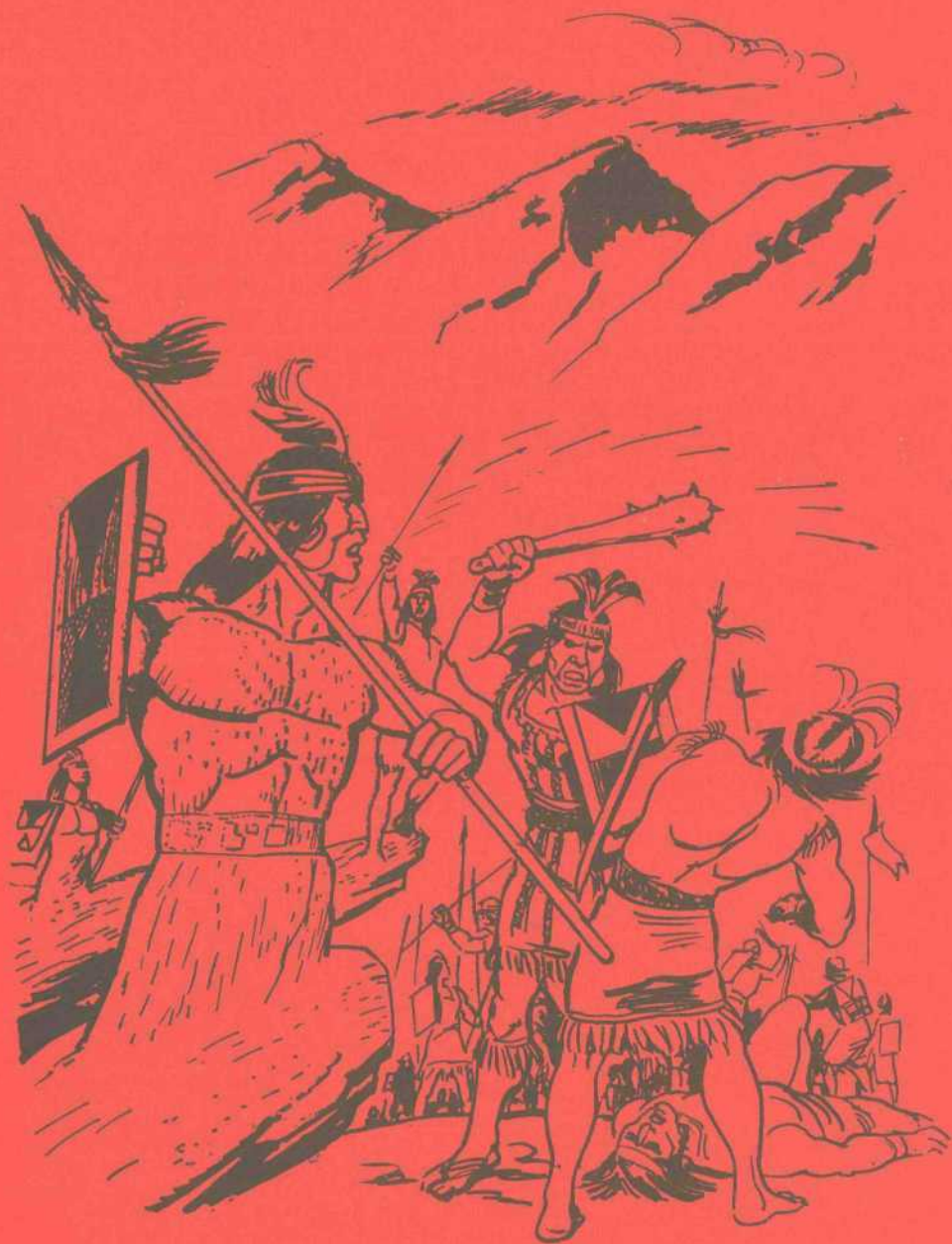
De pronto apareció el Sol, más bello que nunca y alumbró con luz vivísima unas rocas que había en el campo. Al instante, aquellas piedras se convirtieron en aguerridos soldados armados hasta los dientes, que se lanzaron veloces contra los Chancas.

Los misteriosos guerreros adornados con preciosas plumas de colores, peleaban como leones; al solo choque de sus cuerpos, caían muertos los enemigos, pues la carne de aquellos hombres era, en realidad, tan dura cual la misma piedra. No hablaban una palabra y miraban a todas partes con sus ojos negros como el carbón.

La lucha fue terrible y, al fin, vencieron las tropas del príncipe. Terminó la batalla y entonces, el Sol comenzó a disminuir la luz con que alumbraba a aquellos extraños soldados que en el acto formaron filas, como si alguien les hubiera dado alguna orden y se dirigieron al lugar donde habían aparecido, en correcta formación, muy derechos y firmes, marcando el paso al son de sus tambores y tocando en sus trompetas un himno que hacía temblar los cerros. Marchaban produciendo con sus duros pies un ruido tan grande como si se moliese a la vez, en miles de batanes de piedra. El Sol los iluminaba con una luz más débil a cada instante, hasta que, en el momento preciso en que llegaron al sitio de donde habían salido, cesó de alumbrarlos repentinamente, dejándolos en la sombra. Y entonces los misteriosos guerreros desaparecieron de la vista del príncipe y en su lugar vio él, solamente, un montón de rocas. Aquéllos extraordinarios seres se habían convertido de nuevo en piedras.

Tomó Yupanqui todas las riquezas y las armas que pudo recoger del campo enemigo y, como era muy buen hijo, en vez de guardarlas para sí, fue a buscar a su padre hasta el lejano valle en el cual se había refugiado. Al llegar ante el Inca, le ofreció aquel botín, rogándole que regresara al Cuzco, a gobernar el Imperio. Pero su padre le repuso:

—Valiente Yupanqui, yo estoy muy anciano y no deseo salir de estas montañas. Y dirigiéndose luego a Urcón, díjole:



Al instante, aquellas piedras se convirtieron
en aguerridos soldados...

—Urcón, como eres el primogénito, gobernarás en mi lugar. Todas estas riquezas te pertenecen; tú serás el rey.

El valeroso Yupanqui sintió profunda tristeza al escuchar estas palabras y saliendo de la habitación, regresó al Cuzco con todo su ejército.

Mas el pueblo, que amaba al joven, se había congregado en la inmensa plaza de la ciudad y, al verlo aparecer, prorrumpió en un solo grito:

—¡Viva el valiente Yupanqui, nuestro emperador! ¡Vivaaa!

Entonces el Villac-Umu, (Sumo Sacerdote), acercándose a él, puso en su frente una diadema finísima, hecha de lana y de hilos de oro y adornada con dos plumas y además, una borla. Aquél era el distintivo que llevaban en las sienes, los reyes del Imperio del Tahuantinsuyo.

Yupanqui, al ser elegido Inca, siguiendo la costumbre del país, cambió su nombre y se llamó desde ese momento, Viracocha.

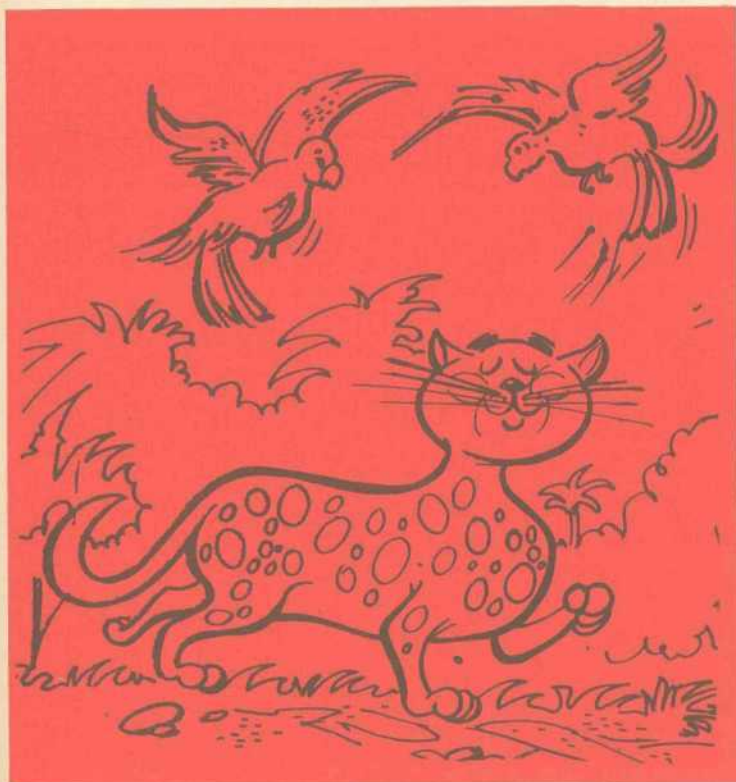
Cuentan los poetas que gobernó durante muchos años y que fue un monarca justiciero y sabio, que conocía perfectamente todo lo que sucedía en el país, sin necesidad de que nadie se lo contara, pues con sólo mirar el espejo que le había dado el Sol, podía ver reflejado en él cuanto pasaba en el lugar más lejano del reino.



Otorongo el Orgulloso

(Relato Original de Enriqueta Herrera Gray)

OTORONGO era mucho más grande que un gato, pero de tamaño dos veces menor que un jaguar. Su rostro redondo, con



paradas orejas y largos bigotes, tenía una expresión feroz y llena de crueldad cuando miraba a algún animal débil y pequeño pero, en cambio, se volvía todo sonrisas si se encontraba con otro más fuerte que él.

Por las mañanas, se lavaba cuidadosamente la cara, como lo hacen los gatos, peinaba sus bigotes, se miraba en las aguas de la laguna, como en un espejo y decía:

Soy idéntico a mi primo el jaguar. Si midiera yo, un metro más, me confundirían con él.

Todo el día se peleaba con las loras, que le gritaban desde lo alto de los árboles:

—¡Otorongo, eres un orgulloso y un palangana!

Y él, furioso, les contestaba:

—Pobres loras, habéis de saber que en mi familia no hay animales ordinarios ni cobardes como vosotras. Yo soy primo del jaguar, que es el rey de la selva.

Nunca se había visto juntos, a Otorongo y a su ilustre pariente, pero todos creían que el monarca del bosque profesaba gran cariño al orgulloso y nadie se atrevía a dudar de aquellas palabras.

Una tarde apareció el jaguar por entre la espesura, con los ojos brillantes como focos de luz y la boca abierta, mostrando enormes dientes. Felizmente, un añuje lo advirtió y lanzó la voz de alarma:

—¡El jaguar, el jaguar!

Al escuchar este grito, todos corrieron a ocultarse, no quedando bicho viviente, en el claro del bosque y, naturalmente, en esos momentos de angustia, nadie se fijó dónde estaba Otorongo ni si conversaba con su pariente o no.

Cuando la fiera se hubo marchado ya, reuniéronse de nuevo y entonces el orgulloso dijo:

—¡Qué gusto he tenido de ver a mi primo! Charlamos mucho. rato, detrás de aquel árbol de nogal. Me ha invitado a almorzar mañana con él. Me va a convidar un venado entero, una docena de garzas rosadas y cien pajaritos.

Todos le escucharon con atención y envidiaron el succulento banquete que iba a tener en casa del jaguar.

Al día siguiente, muy temprano, cuando habían comenzado a cantar las aves, los habitantes del bosque vieron pasar a Otorongo hacia su madriguera, llevando entre los dientes un cutpe muerto, que acababa de cazar. Todos los animales miraron llenos de ira a aquel perverso, pues el cutpe era muy querido en el bosque, donde había vivido durante varios años, sin hacer daño a nadie.

Al cabo de un rato, el malvado salió de su cueva, relamiéndose y alisándose los bigotes.

—¡Otorongo; gritóle con voz chillona, una cucarachita blanca; quisiera saber por qué has dado muerte al cutpe, hoy que vas a almorzar con tu primo!

—¿Y quién te manda a ti, meterte en mis asuntos, miserable cucaracha?, respondió la fierecilla, lanzándose sobre ella. Pero el insecto escondióse rápidamente, dentro de su casa abierta en la tierra.

Otorongo gruñó de cólera al ver que su presa se le había escapado, y se indignó aún más, al escuchar que una lora cantaba desde un árbol:

"Orguloso,
anda a ponerte buenmozo.
¡Ja ja ja!"

Y que otra lora añadía:

"De una vez, anda a almorzar
con tu primito, el jaguar.
¡Ja ja ja!"

Entonces una tortuga dijo:

—¿Por qué será que lo que dice Otorongo me parece mentira y que, en realidad, no hay tal invitación de su primo? Jamás,

en todo el tiempo de vida que tengo, he visto conversar a un otorongo con un jaguar.

No bien había acabado de pronunciar estas palabras, cuando dos venados que comían hierba, tranquilamente, dieron un brinco y perdiéronse en la espesura. La cucarachita blanca que había vuelto a salir de su casa, chilló en seguida:

—¡Cuidado, el jaguar!; y se escondió debajo de una piedra.

Al escucharla, Otorongo fue a parar, de un enorme salto, sobre unas hojas de plátano que había en el suelo; pero, en el instante mismo, las ramas se hundieron, dejando ver un hueco profundo, y el orgulloso desapareció en un santiamén, dentro del oscuro agujero. Había caído en una de las trampas que acostumbran preparar los chunchos en la selva, para cazar animales.

En ese momento apareció la fiera detrás de un árbol, mirando a todas partes con sus ojos brillantes. No pudo ver a nadie, pues todo el mundo había huído, pero escuchó el ruido que hacía Otorongo dentro del hoyo, del que no lograba salir, por más vueltas que daba.

—Ajá, pensó el jaguar. En ese hueco debe haber algo. Veamos si es una buena presa para el almuerzo. Y empezó a avanzar lentamente hacia la trampa.

—¡Ay; dijo un pishtaco que miraba todo desde un árbol, con las plumas erizadas de espanto; menos mal que es su primo el que ha caído ahí, porque si hubiera sido cualquier otro, pobre de él!

El jaguar, entre tanto, se acercaba al hoyo, paso a paso y al llegar al borde, observó el fondo.

—Ahora va a ayudarlo a salir; dijo un violinista, y luego lo llevará a su casa, para almorzar con él, los cien pajaritos que ha cazado. ¡Pobres hermanitos míos!; y se puso a llorar amargamente.

El jaguar volvió a mirar dentro de la trampa y vio a Otorongo que saltaba sin lograr escapar. Entonces, ante el asombro de los animales que contemplaban aquello desde los árboles, lanzóse al

interior del hueco y, en vez de ayudar a salir, a su pariente, lo devoró en un abrir y cerrar de ojos. Luego dio un brinco y salió relamiéndose, fue hasta el arroyo y bebió en él cuanto quiso. En seguida miróse en las aguas, como en un espejo, peinóse los bigotes cuidadosamente, alisóse el pelo que se le había revuelto y, muy satisfecho, emprendió el camino hacia la cueva donde vivía.

Cuando los animales del bosque fueron a mirar dentro de la trampa, no hallaron en ella sino los huesos del orgulloso Otorongo.



El Arriero, la Serpiente y la Zorra

JUI, JUI, JUI; silbaba alegremente un arriero, mientras conducía su rebaño de llamas cargadas de maíz. Era muy temprano y no se veía un pastor ni un chacarero todavía, por esos lugares.

De pronto oyó otro silbido exactamente igual al suyo; como si alguien le contestara. Miró a su alrededor, pero no distinguió a nadie.

—Me habrá parecido; dijo, y siguió andando; mas en seguida volvió a escuchar con toda claridad:

—Jui, jui, jui.

El sonido venía del lado del cerro.

—Será el viento que quiere burlarse de mí y que está silbando entre las peñas, pensó; pero de nuevo sintió el jui, jui, jui; muy cerca de él. Miró entonces hacia las rocas y vio una serpiente apionada por un árbol que había caído sobre ella. La infeliz no podía moverse pues el tronco la oprimía de tal manera, que casi no la dejaba respirar. La culebra tenía la boca inmensamente abierta y la larga lengua colgábale por lo menos una cuarta, fuera del hocico.

Acercóse a ella el arriero y escuchó que le decía con voz tan débil, que parecía un suspiro:

—Por favor, sácame de aquí; yo te lo agradeceré siempre y seré tu amiga. Mira que si me dejas como estoy, moriré dentro de unos momentos.

Al arriero no le gustaban las culebras; había oído decir que eran ingratas y crueles, pero como tenía muy buen corazón, se compadeció de la infeliz y tomando la sogá con que amarraba sus fardos, la ató al árbol y comenzó a tirar de ella, hasta que el animal quedó libre.

Sacudióse la serpiente, respiró muy largo y cuando el arriero esperaba que le diera las gracias por el favor tan grande que acababa de hacerle, vio que se le acercaba rápidamente, que se abalanzaba sobre él y sintió que se arrollaba a su cuerpo y comenzaba a estrujarlo.

Era muy larga y fuerte la culebra. Se había envuelto al redor del pecho del infeliz y lo ajustaba más, a cada instante.

—¡Suéltame, no seas ingrata; acabo de salvarte la vida y me pagas así!; gritó el arriero.

—¡Qué salvarme la vida, ni que nada!; contestó ella. Lo único que yo sé, es que tengo mucha hambre y que me gusta más la carne humana, que la de las llamas.

El pobre hombre agitaba manos y pies, tratando de librarse; pero todo era inútil.

—¡Suéltame, ingrata!; dijo por última vez, ya sin fuerzas y medio ahogado.

En eso, asomó detrás de una roca un afilado hociquillo; luego, dejóse ver una cabeza, y por fin, apareció el cuerpo de una zorra.

—¡Hola, hola!; dijo la recién llegada, con voz burlona. ¿Qué es esto? ¡Doña Culebra queriendo comerse al pobre arriero! ¿Oye,

podrías decirme, si no es indiscreción, qué daño te ha hecho este buen hombre?

—¿A mí?; daño ninguno, respondió la serpiente, moviendo su fina lengüecilla. Cuando yo estoy con hambre y encuentro alguna presa, no necesito que me haya hecho daño, para comérmela.

—¡Esta serpiente es una malagradecida; exclamó el arriero, con la poca voz que le quedaba; y ya casi agonizando, agregó: Acabo de salvarle la vida y ve cómo me corresponde!

—Bueno, es verdad; pero tal vez yo sola hubiera podido salir de debajo del árbol si tú no lo hubieras arrimado; dijo la serpiente.

—¡Mentira, jamás habrías logrado librarte sin mi ayuda!; respondió el infeliz, respirando a duras penas.

La zorra entonces, levantó los ojos al cielo, pensativa; luego miró hacia abajo; en seguida movió a derecha e izquierda su fino hociquillo y dijo:

—A ver, a ver; este asunto es un poco enredado y no logro comprenderlo. Mira, Culebra, ponte debajo del tronco, como estabas y tú, arriero, haz en seguida lo mismo que hiciste hace un momento, para salvarla. Sólo viéndolo con mis propios ojos, podré entenderlo y decidir cuál de los dos tiene razón.

—Bueno, así lo haremos; contestó la culebra y soltando su presa, se deslizó rápidamente hasta llegar junto al tronco.

Entonces el hombre ató de nuevo el árbol con la soga y, tirando con gran trabajo, logró colocarlo sobre el cuello del animal, en la misma forma en que lo había encontrado. Inmediatamente, la serpiente abrió la boca y comenzó a asfixiarse.

—¿Así era como estabas?; preguntóle en seguida la zorra.

—Sí; respondió ella con una voz tan delgadita que apenas se le oía.

—¿Pero tienes seguridad de que era de ese modo?; interrogó nuevamente la zorra.

—Sí; volvió a contestar la serpiente, con un débil resuello, pues se estaba ahogando.

La zorra, entonces, miró al hombre, llena de picardía, le guiñó un ojo y le dijo:

—Querido arriero, tu enemiga está presa. ¿Dime, qué esperas ahora: volver a libertarla para que te dé muerte o para que devore a otra persona? No seas tonto, desata tu cuerda y vete tranquilo a tu pueblo. Esta infame no merece que la salven, pues lo único que sabe es hacer daño.

El buen hombre, al escuchar estas palabras tan sabias, desató la sogá, estrechó la pata que su consejera le tendía y tras de darle las gracias, arreó alegremente el rebaño de llamas y siguió su camino.

Entonces la zorra, moviendo la cola, pasó contoneándose delante de la serpiente, sin mirarla siquiera y tomó la senda que llevaba al pueblo vecino, donde iba a visitar a una comadre.



Los Hijos del Sol

LEJOS, muy lejos, en una montaña cubierta de nieve, cuya cumbre se elevaba muchísimo más allá de las blancas nubes y donde no había llegado jamás, ningún hombre, se extendía un lago tan grande, que parecía un mar.

Sus aguas eran claras como el diamante más limpio y azules como el alto cielo que brillaba entre los rayos del Sol.

Alrededor de aquel lago crecían esbeltas plantas de lustrosas hojas, tan suaves como plumas de pájaros. Y cuando la luz caía sobre ellas, brillaban de modo que parecían hechas de esmeraldas.

Aquí y allá, por toda la orilla, se veían piedras y rocas vestidas de blanda hierba.

Cada mañana, al salir el Sol de entre las nubes, se asomaba al lago, se miraba en sus aguas como en un espejo y decía:

—No he visto en todo el mundo un lago más bello que éste.

Una mañana, como de costumbre, contemplábase el astro en el líquido, cuando de repente, del mismo lugar en el cual se reflejaba su cara redonda y dorada, comenzó a levantarse una onda pequeña que poco a poco fue elevándose, hasta formar un cerro de agua azul y brillante.

Jamás habíanse visto olas tan grandes en ese lago.

Al mirar este hecho extraordinario, las plantas que crecían en la orilla dejaron de conversar y se empinaron para mirar mejor; el viento, que hacía rato silbaba con su enorme boca, quedóso de repente quieto y se agazapó en el hueco de una roca, a fin de atisbar desde allí lo que pasaba; las viejísimas piedras blancas y negras, que se sabían de memoria la historia íntegra del lago y conocían perfectamente la vida del Sol, la Luna y las Estrellas, pero que hablaban muy pocas veces, abrieron enormemente sus oscuros ojos con pestañas y cejas de musgo y miraron aquello.

De pronto la inmensa ola se partió por en medio; miles de pececitos de plata saltaron hacia afuera y en seguida asomaron de entre las aguas, cogidos de las manos, un hombre y una mujer. Eran jóvenes y hermosos, sus ojos brillaban como estrellas. Iban vestidos con túnicas de tela de oro, adornadas con piedras preciosas y plumas de colores.

El mancebo se llamaba Manco-Cápac y la doncella, Mama-Ocllo. Miraron a su alrededor. El lago estaba ya completamente tranquilo, como si nada hubiera ocurrido.

Entonces empezaron a andar sobre las aguas, lo mismo que si caminasen sobre tierra firme y pronto llegaron a la orilla.

Sus ropas se hallaban completamente secas. Sólo en su hermoso pelo negro temblaban miles de gotitas de agua. Al pisar la playa sacudieron sus cabelleras; las gotitas saltaron, yendo a parar sobre las rocas y al caer en ellas se convirtieron en piedras preciosas.

Alzaron luego los ojos. Allá, en el cielo azul, estaba el Sol que miraba a sus hijos, con el rostro brillando de alegría. Porque eran sus hijos y eran príncipes los dos jóvenes nacidos tan misteriosamente. El Sol les había dado la vida, haciéndolos salir de las aguas encantadas del lago Titicaca.

Manco-Cápac tenía en la mano derecha una vara de oro que brillaba tan vivamente como si fuera un rayo de luz, y Mama-Ocllo



Iban vestidos con túnicas de tela de oro,
adornadas con piedras preciosas.

llevaba un huso con el cual hilaba todo el tiempo, lana de lindos colores.

El Sol había regalado a Manco-Cápac aquella vara para que fundara un gran imperio en el lugar donde lograra clavarla hasta la empuñadura.

Era preciso obedecer ese mandato y los dos príncipes echaron a andar. El joven probaba el suelo, con su vara maravillosa; pero no era fácil dar con la tierra conveniente.

Durante todo el día, Manco-Cápac trabajó hasta cansarse en ir tocando el terreno y Mama-Ocllo fue a su lado, hilando.

Llegó la noche y ambos durmieron bajo un árbol.

Continuaron la marcha a la mañana siguiente y caminaron de este modo durante meses y meses, alimentándose de los frutos del campo y bebiendo en los arroyuelos.

Andando así, llegaron una mañana muy nublada al pie de un cerro. Subieronlo fatigosamente y en el momento en que pisaban la cumbre, asomó el Sol entre las nubes y alumbró con luz vivísima todo el campo.

Jamás habían visto un lugar más hermoso.

—¡Oh Manco-Cápac, dijo Mama-Ocllo; prueba tu vara en esta preciosa tierra!

Entonces él tomó la vara y aventóla hacia el valle, con tal fuerza, que quedó clavada hasta la empuñadura.

Descendieron los jóvenes apresuradamente y arrodillándose sobre la hierba fresca, dieron gracias a su padre por aquel hermoso suelo que les daba para vivir.

Los hombres que habitaban los lugares cercanos, al saber que habían llegado dos maravillosos príncipes, hijos del Sol, acudieron a saludarlos, formando filas interminables. Unos llevaban los mejores

frutos de sus chacras; otros, las flores más bellas de sus jardines; los pastores conducían llamas blancas como la nieve, vicuñas de piel dorada como el sol y alpacas negras como la noche. La gente y los rebaños cubrían completamente el valle y llegaban hasta el horizonte.

Entonces se adelantaron los jefes de aquellos pueblos y dijeron a los príncipes:

—Queremos que vosotros seáis nuestros reyes.

Luego, los músicos tocaron sus trompetas y los soldados pusieron sus lanzas y flechas a los pies de los jóvenes, en señal de sumisión. En seguida, la multitud entusiasmada lanzó gritos que atonaban el espacio, diciendo:

—¡Viva el Rey Manco-Cápac! ¡Viva la Reina Mama-Occllo!

Los dos aceptaron gustosos el reinado y Manco-Cápac fundó entonces el Imperio del Tahantinsuyo y escogió para edificar la capital, el sitio en que se había clavado la vara mágica.

Pronto comenzó toda aquella gente a construir preciosos palacios de piedra, forrados con láminas de oro y al poco tiempo habían levantado una maravillosa ciudad a la que pusieron por nombre Cuzco.

El emperador, en persona, enseñó a los hombres a labrar la tierra y la emperatriz instruyó a las mujeres, en el modo de tejer preciosas telas.

Los dos jóvenes fueron reyes muy amados por su pueblo y vivieron gobernando aquel hermoso país, durante muchos años.



Espinito Timidín

(Relato Original de Enriqueta Herrera G)

LOS esposos Puerco-Espines, que vivían en el interior de un nogal hueco el cual se encontraba caído en medio de un claro del bosque, se hallaban muy felices. Habían tenido una magnífica cría y, desde la puerta de su vieja casa, veían corretear a sus tres hijitos. Espinico, llamábase el mayor; Espinica, la segunda y Espinito, el tercero. Este era tan miedoso que los otros dos chiquillos habíanle apodado Timidín.

—Epinito, le decían sus hermanos, ven con nosotros a buscar hojas tiernas para el almuerzo.

—Tengo miedo de perderme, respondíales él.

—Epinito, vamos a apostar carreras detrás de los helechos.

—No, puedo encontrarme con alguna fiera, contestaba.

Todos los días iba a beber a la laguna en compañía de su madre y contemplaba su rostro en las aguas, como en un espejo.

—¿Por qué seré tan feo, mamá?; preguntaba. Mira estas horribles espinas que me cubren. Quisiera ser como los venados o los pájaros, que son tan lindos.

—Hijo mío, respóndale ella, no desprecies lo que Dios te ha dado. Las espinas son nuestro mejor tesoro, porque con ellas podemos

defendernos. No hay fiera, por brava que sea, que no huya lanzando alaridos, si le clavamos unas cuantas flechas. En cambio, los venados y los pájaros, tan hermosos, no tienen con qué defenderse.

LA INUNDACION

Una tarde en que toda la familia roía trozos de madera fresca, se oyó un ruido lejano. A los pocos momentos pasó, a todo correr, una larga familia de jabalíes con caras espantadas; como si algo terrible sucediera. Un minuto después, desfiló una bandada de loros, batiendo las alas muy a prisa y en seguida, tres grandes osos, en loca carrera.

¿Qué ocurriría, que hasta los bravos osos huían?

—Oye; dijo don Espino a su mujer, me parece sentir ruido de agua.

No bien había acabado de hablar, cuando vieron avanzar un torrente que rugía, levantando grandes olas.

Cada cual subió al árbol más cercano. Entre tanto, el agua llegó donde estaban los esposos y los arrastró. Espinito los vio alejarse flotando, hasta que se perdieron entre la selva y luego llamó angustiado:

—¡Espinico, Espinaca!; mas nadie le respondió. Entonces el pobrecillo se echó sobre una rama y lloró mucho, hasta que por fin se quedó dormido.

SOLO

Al otro día lo despertaron las voces de las palomas. Las jóvenes preguntaban:

—¿Cu cu, abuelitos queridos,
dónde haremos nuestros nidos?

Y los palomos viejos respondían:

—Cu cu;
en un campo llenecito
de granos al escoger
y junto a un lago clarito
donde podamos beber.

Espinito bajó del árbol y pasó sobre el barro por un tronco que vio allí tendido. Al otro lado, el suelo estaba seco; la inundación no había llegado ahí. Pero, ¡qué batahola reinaba en ese sitio! Miles de loros y papagayos gritaban, cientos de monos daban ensordecedores chillidos; manadas de cutpes, tan gordos como sus primos, los conejos de las ciudades, hociqueaban entre la hierba.

Mas, no bien Espinito había puesto el pie en tierra, aquellos animales huyeron gritando:

—¡El jaguar!

Timidín tembló y subióse a un árbol. Desde allí vio avanzar a la fiera enorme. Su piel amarilla con manchas negras, brillaba como si la hubieran cepillado y sus bigotes lucían muy bien peinados. A buen seguro que había estado arreglándose, y mirándose en las aguas del río, antes de salir a cazar, el pretensioso. Por fortuna, pasó sin ver a Espinito y se perdió en la espesura.

Al cabo de un rato, todos los animales salieron de sus escondites. La mayor parte de ellos conocía a nuestro amiguito que acostumbraba ir mucho con sus padres por ese lado. Al no verlo, don Venado preguntó:

—¿Qué es de Espinito? ¿No vaya a habérselo comido el jaguar?

—¿Conoce usted a alguien que trague tanta espina? A Timidín no se lo podrá comer nadie; se esconde porque es un cobarde, dijo un papagayo.

En eso, la señora Ardilla gritó: ¡Aquí está!; y señaló al puerco espín, con sus lindas manitas, el lado por donde se había marchado la fiera. Baja, Espinito, no temas; añadió.

Mas Timidín permaneció en silencio, lleno de temor y de vergüenza, con la cara escondida entre las manos.

Las loras le gritaron::

—¡Ja, ja, ja; tiene trescientas flechas para defenderse y se muere de miedo!

—¡Ja, ja, ja!; rieron los demás, a grandes carcajadas.

Sólo los venados no se mofaron de él y lo miraron con sus hermosos ojos llenos de cariño.

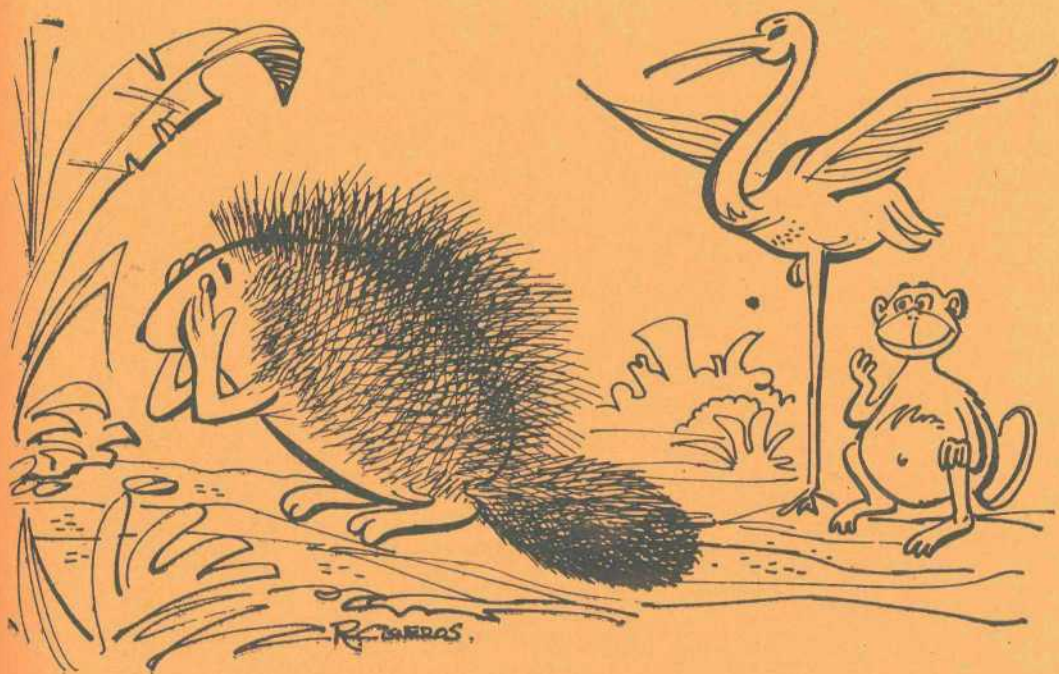
A poco empezaron a cantar su cri-cri, los grillos, que son el reloj del bosque y anuncian la hora de acostarse. En el acto, los animales empezaron a bostezar, diéronse las buenas noches y fuese cada cual a su casa.

EL PATO AZUL

A la mañana siguiente bajó Timidín del árbol en que había dormido y púsose a pasear, con la cabeza baja, pensando en las burlas que le habían hecho la víspera. De pronto, escuchó una voz gangosa que le decía:

—Cuac, cuac;

¡Oh Timidín, amiguito;
mi muy querido Espinito!



¡Ja, ja, ja! ¡Tiene trescientas flechas para defenderse,
y se muere de miedo!

—¡Hola, don Pato azul; respondió él, con un gorgorito.
Y conversaron así:

—Cuac, cuac.

¿Dónde están tus padres?

—Los arrastró la inundación. ¡Qué solo estoy; qué miedo tan horrible experimento!

—Cuac, cuac.

Ten coraje, ten valor.

¿Por qué has de sentir temor,
si posees trescientas flechas
muy duras y muy derechas?

—¿Y cómo debo utilizarlas?

—Cuac, cuac.

Si tú escondes la cabeza,
sin dudar y con presteza,
y caminando hacia atrás,
golpes con la cola das,
podrás vencer a cualquiera,
aunque sea una inmensa fiera.

—Cuac, cuac, adiós; añadió y emprendió el vuelo.

LA LUCHA

Entre tanto, comenzaron a llegar familias enteras de venados, de tortugas, de violinistas y de cuanto animal había en la selva. Cientos de mariposas amarillas como el oro, verdes como esmeraldas y azules como el cielo, pasaban volando junto a Espinito y acariciábanle el negro rostro.

—¡Ay, pensaba él, si en vez de ser tan feo y lleno de espinas hubiera sido como estas lindas mariposas!

De pronto, las loras lanzaron un chillido:

—¡El jaguar!

Las mariposas y los pájaros; las ardillas, los añujes y hasta las tortugas desaparecieron en un santiamén. ¡Ah, esos eran animales chicos y podían esconderse en cualquier parte, pero los venados...! Estaban ahí, en número nada menos que de cincuenta.

El Venado-padre gritó:

—¡Huyan los chicos primero! Así lo hicieron los pequeños, desapareciendo entre el bosque; luego siguieron los grandes y el padre quedóse viendo cómo escapaban todos. Cuando ya habíase puesto a salvo el último, quiso huir, pero su cuerpo era demasiado alto para pasar por entre las ramas que se hallaban cerca de él. Espinito había trepado a un árbol y desde ahí vio al venado que se hallaba preso sin poder correr. El hermoso animal tenía los ojos enormemente abiertos por el terror, y sin dar un paso, contemplaba a la fiera que se le aproximaba.

Espinito Timidín miró a su amigo, a aquel ser bondadoso que jamás se había burlado de él. Un minuto más y el jaguar lo devoraría.

Entonces, sin pensar en ninguna otra cosa, dio un salto y plantóse frente al rey de la selva.

La fiera oyó un ruido, como de un objeto pesado, vio un bulto negro que corría hacia él y escuchó que las espinas que lo cubrían sonaban clac-clac.

Aquel jaguar era joven y jamás en su vida se había visto frente a un puerco-espín. Contempló asombrado que aquel animalillo tan raro se volvía de espaldas, escondía la cabeza entre las manos y andando hacia atrás, se le acercaba más a cada instante.

—¡Qué ridículo bicho; pensó. Desafiarme a mí que soy el rey del bosque! Y lleno de ira se lanzó sobre él.

Pero ya Espinito tenía listas, muy paradas, sus trescientas flechas y la fiera fue a dar con la boca abierta en medio del lomo mismo de Timidín, clavándose cinco espinas dentro del hocico. Entonces, gritando de dolor, retrocedió pero, en seguida, rabioso, abalanzóse de nuevo sobre él.

Mas, Espinito recordaba claramente las palabras del pato azul. Entonces sintió dentro del corazón una voz que le decía: ¡Valor. A la carga! Y batiendo la cola como un látigo retrocedió y de cada coletazo clavó tres o cuatro espinas en el hocico, en las narices y hasta en los ojos del jaguar. Este, después de recibir cinco o seis chicotazos, refregóse la cara con las patas, para arrancarse las espinas que se le habían clavado profundamente y luego, ciego de dolor, huyó dando gritos que se escuchaban hasta el fin de la selva. Entre tanto, Espinito continuaba agitando la cola en el aire, sin darse cuenta de que su enemigo estaba ya muy lejos.

EL HEROE

Entonces acercóse a él, el ciervo, que durante toda la lucha había permanecido asombrado y sin moverse y le dijo con voz que le temblaba por la emoción:

—Espinito, Espinito, ya se fue el jaguar lleno de púas hasta los ojos. Lo has derrotado.

Al oír esto sacó Timidín la cabeza de entre las manos y levantó la frente. Contempló a su amigo y sintió que la fina lengua del venado, suave como el pétalo de una flor, lamía todo su negro y áspero rostro. (Esta es la manera de besar de los animales, como vosotros bien sabéis).

—¡Gracias, díjole el ciervo, con la voz temblorosa y los ojos llenos de lágrimas. Me has salvado la vida!

—¿Pero, estás seguro de que yo solo derroté al jaguar?; preguntó Espinito.

—Tú y nadie más que tú. Eres el animal más valiente del bosque.

Al escuchar estas palabras el puerco-espín se sintió el ser más feliz de la tierra.

EL RESPETABLE DON ESPINO

En el acto, las loras que habían contemplado aquella extraña pelea, se encargaron de repartir la noticia, cantando:

—¡Espinito Timidín venció al jaguar. Ja, ja, ja!

El canto llegó a oídos de los otros animales que habían visto pasar al rey de la selva con la cara tan llena de flechas, que parecía un alfiletero. Todos acudieron a felicitar a Espinito. No había quien no se hallara gozoso. Nadie volvió a decirle Timidín a nuestro amigo. Comenzaron a llamarlo: "Don Espino". Y tanto los jaguares, los osos y las grandes serpientes, como los más pequeños gusanos, le hacían una profunda venia, en señal de respeto, cuando lo encontraban por el bosque.



Doña Zorra y su Compadre Gallinazo

DOÑA Zorra se hallaba sentada, una tarde, al borde de una laguna clara como el cristal, contemplando el cielo. De pronto vio a su compadre, don Gallinazo, que volaba allá arriba e inmediatamente pensó:

—¡Ridículo animal. Con ese cuello pelado, ese color horrible que tiene y poder volar tan alto! En cambio, yo, que soy bonita y que poseo una piel tan fina, no puedo levantarme del suelo, ni siquiera una cuarta.

Al cabo de largo rato, bajó don Gallinazo y fué a parar junto a doña Zorra.

—¡Hola, compadrito!; saludóle ella, amablemente. ¡Cuánto gusto de poder hablarle! Durante media hora he estado contemplándolo. ¡Qué espléndidamente vuela usted!

—Gracias, gracias; contestó él complacido.

—Pero, vea; siguió ella; no crea que solamente volando, se va con rapidez de un sitio a otro. Yo le aseguro que corriendo se llega mucho más ligero.

—Comadre, está usted equivocada; replicóle muy serio, su amigo, moviendo a derecha e izquierda la pelada cabeza.

—¡Já, já, já; rió ella. Ustedes, las aves, creen saberlo todo; cuando, en realidad, somos nosotros los animales de cuatro patas, los que más sabemos. Y si no, hagamos una apuesta.

—Bueno; respondió don Gallinazo.

—Compadre, le aseguro que yo llego antes que usted, al otro lado de la laguna.

—¡Cuidado, que va a perder, comadrita!; contestó el pájaro.

—Esa es cuenta mía; dijo ella. Yo beberé primero, toda el agua, para poder cruzar por en medio de la laguna y así tendré que correr menos.

—Pero, si es tan profunda que ni siquiera se ve el fondo; respondió él.

—Déjeme usted, no más. Párese en esa piedra y espere ahí a que yo termine.

El ave obedeció y miró a la zorra que hundió el hocico en el agua y principió a beber.

Shui-shui, sonaba el agua al entrar en su boca; glu-glu, hacía, al pasar por su garganta.

Al cabo de un rato vio don Gallinazo que la barriga de su amiga iba creciendo.

—Doña Zorra, no beba usted tanto. Le va a pasar algo. Mejor dejemos la apuesta; díjole.

—¿Y a usted qué le importa, compadre?; contestó y siguió bebiendo.

Don Gallinazo volvió a mirarla y notó que el vientre de la muy porfiada se iba inflando más y más a cada instante.

—¡Doña Zorra, va usted a reventar!; le gritó. Mas, la muy terca, continuaba bebiendo.

De repente sintió el ave un ruido tremendo que retumbó en los cerros y vio que su amiga había estallado, lo mismo que un globo.

En ese mismo instante asomó por entre las peñas, una huas-hua y caminando con sus coloradas patitas, acercóse al cadáver de la porfiada y luego dijo al otro pájaro:

—¡Gracias a Dios que murió esta ladrona! Al cabo podré dormir tranquila, sin temor de que me robe a mis pobres hijitos y se los coma!

—¡Por fin vivirán en paz los pájaros de estos contornos. Ya nadie los asaltará para devorarlos!; exclamó don Gallinazo.

Y batiendo las alas muy contento, emprendió el vuelo hacia su nido.



El Vaso Encantado

AL morir un monarca que gobernaba el Perú, durante el Imperio del Tiahuanaco, antes de que Manco Cápac fundara el Tahuantinsuyo, dejó el poder en manos de su hijo.

El joven soberano era muy trabajador y completamente distinto de varios de los anteriores reyes, que habían vivido en medio de grandes diversiones y sin preocuparse de gobernar.

En cuanto al pueblo, seguía el ejemplo de sus emperadores y se pasaba los días en banquetes y borracheras.

No existía maíz en los graneros y las mujeres y los niños sufrían hambre y frío.

El nuevo rey, llamado Pirua, ordenó que todos volvieran a trabajar inmediatamente, amenazando con dar muerte al que no cumpliera esa orden. Al poco tiempo no se veía ya, por las calles, un solo mendigo ni un borracho y aquel pueblo volvió a ser rico y feliz.

Pero había un grupo de holgazanes que se hallaban muy descontentos porque ya no podían vivir ociosos como antes y entonces comenzaron a esparcir, por todas partes, las voces de que Su

Majestad Pirua era un borracho, para que el pueblo se levantara contra él y lo asesinara.

En cuanto el emperador se enteró, ordenó a diez fieles servidores que fueron disfrazados, por toda la ciudad, y averiguaron disimuladamente, quiénes eran aquellos malvados que así lo calumniaban.

Esa misma tarde, los diez espías, vestidos de modo que nadie pudiera reconocerlos, se dispersaron por todas partes, y entrando en casas, talleres y cuarteles, descubrieron pronto a los infames; los ataron de pies y manos y los llevaron presos.

Pero cuando los jueces los interrogaron, aquellos mentirosos negaron haber hablado mal del rey.

Entonces Su Majestad Pirua hizo llamar a un famoso adivino.

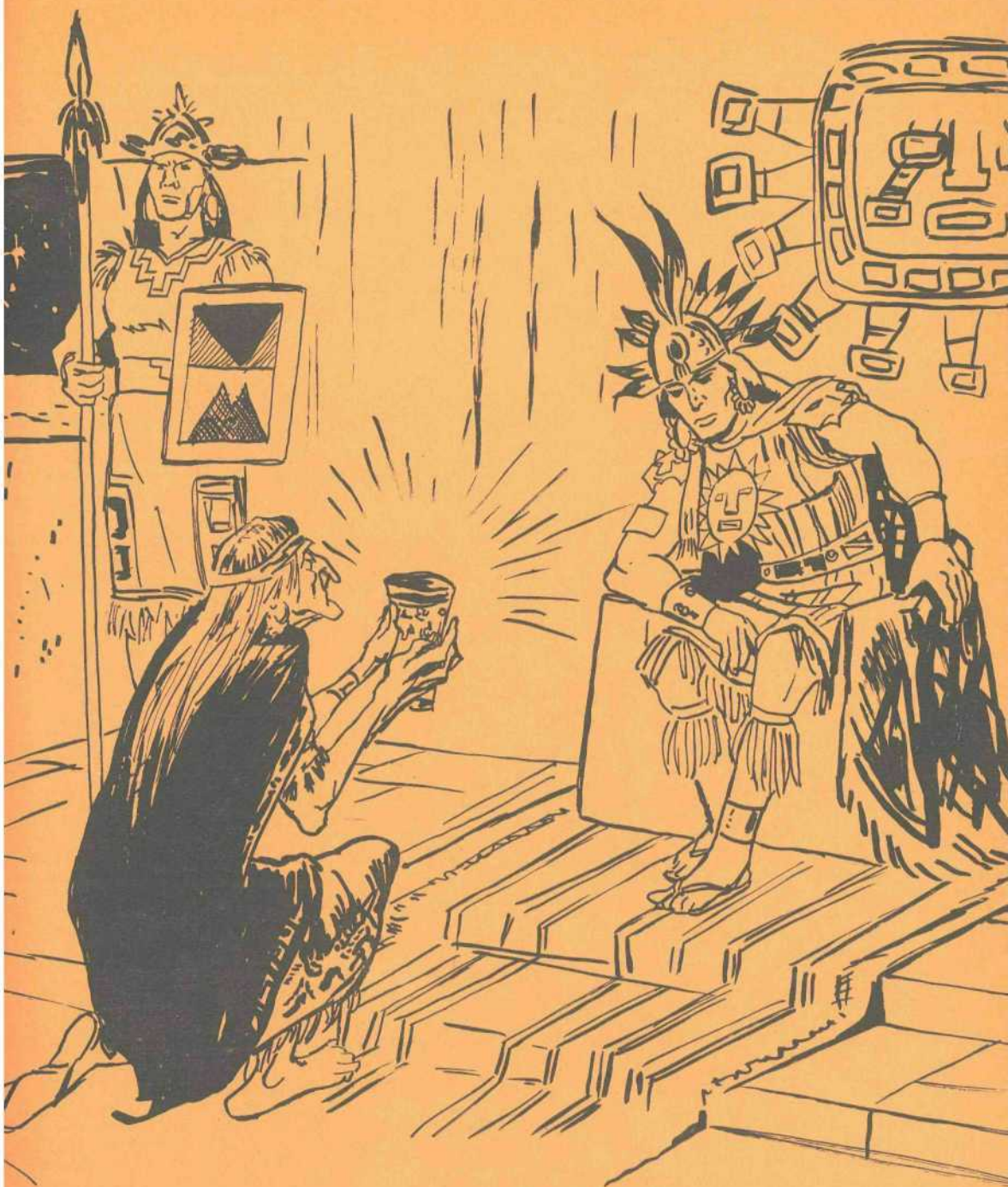
—Sabio mago; preguntóle, ¿qué podré hacer para que estos malvados confiesen la verdad?

El buen anciano, sacando de una bolsa que llevaba oculta cuidadosamente, un vaso de oro adornado con piedras preciosas, dijo al rey:

—¿Ves este vaso? Todo el que bebe en él se ve obligado, aunque no quiera, a confesar la verdad a todo cuanto se le pregunte. Manda preparar un banquete e invita a todos los prisioneros, diciéndoles que, como son inocentes, vas a darles libertad; pero que antes, deseas comer con ellos para desagraviarlos, y dales de beber en este vaso.

Hízolo así el rey; sirvióles en platos de oro una opípara cena, y al terminar, un copero fue ofreciendo chicha a cada comensal, en el vaso mágico. Los diez infames bebieron encantados, pensando que en cuanto se vieran libres, darían muerte a Pirua y se apoderarían de todas sus riquezas.

Terminado el banquete, el emperador invitó a todos, a que pasaran al gran salón con paredes forradas en oro y se sentó en su



—¿Ves este vaso? Todo el que bebe en él se ve obligado
a confesar la verdad...

trono, rodeado de los príncipes, de los generales y de toda la corte. Entonces llamó a los jueces y les ordenó que volvieran a preguntar a sus diez invitados si era cierto o no que lo habían calumniado.

Ellos, muy tranquilos, sin saber lo que les esperaba, fueron desfilando ante los jueces. Estos les interrogaron y cuando los prisioneros quisieron negar de nuevo lo que habían hecho; empezaron a confesar, sin darse cuenta.

Entonces, espantados, cerraron la boca con todas sus fuerzas, apretando los dientes y ajustando los labios; pero éstos se abrieron inmediatamente y comenzaron a decir la verdad.

Viendo esto, se taparon la boca con las dos manos, pero sus labios se abrían de nuevo y se movían rápidamente hablando con voz tan alta, que dejaba oír en toda la sala lo que sus dueños querían ocultar.

Después de haberlos escuchado el emperador hizo una seña e inmediatamente ingresaron en el gran salón veinte soldados que, cogiendo a los infames, los llevaron fuera y les dieron muerte en el acto.

Pirua mandó llamar luego al anciano mago, le obsequió grandes riquezas y le nombró Adivino Primero del Imperio.

Desde aquel día, nadie pensó en sublevarse contra el emperador y aquella nación llegó a ser el reino más grande y rico de la tierra.



Cómo Consiguió sus Espinas el Queshque

EN la falda de un cerro lleno de piedras, en el que no se veía ni una brizna de hierba, había crecido una mata de queshque. En aquel tiempo el queshque no tenía espinas como ahora.

Aunque no había gota de agua en ese lugar y apenas caía por ahí la lluvia, una que otra vez, la planta se hallaba siempre verdecita y el interior de sus gruesas hojas estaba constantemente lleno de un líquido blanco y de una pasta muy suave.

Todos los días pasaban junto al cerro, rebaños de llamas, vicuñas y alpacas y cuando tenían sed se acercaban al queshque y mordían las anchas hojas para refrescarse con su jugo.

Claro está que al pobre le causaban dolor los mordiscos que le daban y decía:

—¡Cómo tuviera con qué defenderme de los dientes de estos animales!

Se hallaba una tarde, muy tranquilo cuando, de pronto, oyó un ruido que venía de la cumbre del cerro. Miró hacia arriba y vio

que desde lo más alto bajaban corriendo, una zorra y una gran piedra.

La piedra llevaba la delantera y el animal iba tras ella, estirando las piernas lo más que podía.

—¡No me has de ganar!; gritó la zorra.

—¡Anda, palangana; si ya no puedes más, estás con la lengua afuera!; contestóle la piedra que, dando vueltas y botes entre las rocas, bajaba a cada instante con mayor rapidez, dejando atrás a su contrincante.

De repente oyó el queshque que lo llamaban:

—¡Tío Qeshque, tío Qeshque!

Puso atención y se dio cuenta de que la voz era de la zorra.

—¿Qué quieres?; preguntó la planta.

—¿Tío, Qeshque, deseas hacermos un favor?

—¡Cómo no!; respondióle.

—Entonces, ataja a la piedra y yo, en pago, te regalaré mis uñas.

¿Uñas?; se dijo la planta. Pero si eso era precisamente lo que necesitaba. ¡Uñas, para poder defenderse de las llamas, las vicuñas y las alpacas que la mordían todo el día sin compasión!

—En seguida te voy a ayudar, contestóle.

La piedra se le aproximaba más a cada rato, dando salto tras salto. La planta esperó que se le acercara lo suficiente y cuando ya la tenía a corta distancia, estiró cuanto pudo, sus largas hojas, ni más ni menos que si fueran brazos y la atajó sujetándola fuertemente.

Mientras tanto, la zorra había ido avanzando. Pasó junto a la piedra la cual estaba prisionera sin poder moverse y llegó al pie del cerro, que era la meta de la carrera. Una vez allí, levantó la cabeza y comenzó a gritar con burla:

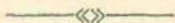
—¡Piedrucha, piedrucha, te gané! La otra hacía esfuerzos por soltarse, pero la planta la sujetaba con firmeza.

—¡Todavía no la dejes libres, tío Queshque, suplicó la zorra. Espera que me ponga a salvo porque, como me alcance, en venganza me da un machucón que me deja muerta en el sitio. Gracias! Y diciendo estas palabras partió a correr de nuevo, atravesó unos matorrales y escondióse en una cueva.

Cuando el queshe vio que el animal se encontraba ya a salvo, aflojó los brazos y soltó a la piedra que, gritándole mil insultos, fué a perder detrás de un cerro vecino.

Entonces la planta sintió algo raro. Miróse y vio que en los bordes de las hojas habíanle crecido cientos de espinas parecidas a las uñas de la zorra.

Desde aquel día la zorra y el queshe son grandes amigos.



El Príncipe que Conquistó las Verdes Islas

GOVERNABA el Imperio del Tahuantinsuyo el Inca Pachacútec. Uno de sus hijos llamado Túpac Yupanqui era un príncipe muy bueno y valeroso. Supo el joven que Pachacútec se preparaba para ir a la guerra y entonces se dirigió donde él.

El rey se hallaba sentado en su trono, rodeado de la guardia. Las paredes del gran salón estaban cubiertas de láminas de oro y en el suelo se extendía una inmensa alfombra, hecha con la piel de mil vicuñas escogidas entre las más hermosas del reino.

Tupac Yupanqui inclinándose ante el inca, le habló así:

Padre mío, sé que alistas tus tropas para luchar con nuestros enemigos del Norte y como ya estoy en edad de guerrear, quiero ser yo quien marche contra esos hombres.

El rey respondió:

Hijo mío, toma todo mi ejército. Volverás triunfante pues nadie te iguala en valor.

Retiróse el príncipe del gran salón forrado en oro, y poniéndose a la cabeza de las tropas, partió hacia el país enemigo.

No había caminado mucho, cuando llegó la noche. El joven mandó parar la marcha, retiróse a descansar a una cueva solitaria y púsose a rezar a su dios, el Sol.

Estaba en lo mejor de la oración, cuando notó que la cueva se iluminaba de pronto. Alzó la cara y, ¡oh sorpresa!, vio delante de sí una figura bellísima. ¿Quién era? Nada menos que el Sol; quien había bajado misteriosamente en medio de la noche y, ocultándose entre una cortina de nubes, había penetrado en la cueva, sin que nadie lo descubriera. El rostro del dios brillaba con una luz que jamás había visto ningún hombre. Entonces el Sol le alargó un arco hermosísimo y un escudo de oro adornado con piedras preciosas.

—Hijo mío, díjole; toma estas armas, con ellas vencerás a tus enemigos y si te proteges con este escudo, nadie te podrá dar muerte. Escucha otra cosa: pronto tendrás que atravesar campos donde sentirás terrible sed y donde no descubrirás a simple vista, ni un poco de agua; pero no morirás. Al pie de un cerro negro como la noche hay unas piedras blancas como la nieve; entre ellas encontrarás un manantial. Y dicho esto, desapareció.

A la mañana siguiente emprendió el príncipe la marcha y no tardó en llegar a un lugar donde él y sus soldados sintieron sed mortal y donde no se veía ni una gota de agua. Cuando el joven y sus guerreros iban a perecer, apareció de pronto ante sus ojos un cerro negro como la noche. Acercóse a él Yupanqui y descubrió un manantial.

Entonces el príncipe y todo el ejército bebieron y, ¡oh prodigio!, apenas tomaron el primer sorbo, desapareció como por encanto, no sólo la sed, sino también el terrible cansancio que tenían. Aquellas aguas eran mágicas y el que las bebía no volvía a sentir

fatiga ni sed en el resto de su vida, aunque trabajara de día y de noche, sin parar.

Cogieron luego sus armas y siguieron adelante.

Al llegar al país enemigo encontraron a los terribles soldados que defendían aquella tierra. Eran guerreros enormes y feroces y peleaban con larguísimas lanzas y terribles flechas. Pero el príncipe los atacaba con su arma mágica y se protegía con su escudo de oro.

Lucharon durante semanas y semanas y al cabo, los hombres del Norte empezaron a sentir cansancio, mientras los soldados del príncipe seguían tan frescos como el primer día.

Por fin llegó una tarde en que los enemigos del joven desfallecían de fatiga y de sed. De pronto, un general que estaba dando una orden, empezó a restregarse los ojos, soltó su escudo y sin poder tenerse en pie más tiempo, cayó sobre un montón de hierba y púsose a roncar. Un trompetero el cual tocaba con todas sus fuerzas la señal de ataque, comenzó a bostezar de tal manera que, por más que quería seguir tocando, no podía hacerlo, pues su boca se abría y se cerraba sin parar, dando un bostezo tras otro; hasta que la trompeta se le escapó de entre las manos y él fue a caer profundamente dormido, sobre una piedra, sin que el golpe lo despertara. Un valiente arquero que no había cesado de disparar, perdió las fuerzas en tal forma, que ni siquiera conseguía colocar las flechas en el arco. Por fin, recostóse en un árbol y cerró los ojos. Y así fueron durmiéndose todos uno tras otro.

A la media hora se escuchaban en el campo ronquidos tan fuertes, que el rey de los hombres del Norte salió de su tienda de campaña a ver de dónde provenía ese terrible estruendo y, cuál no sería su asombro, al contemplar que todos, desde los generales hasta el último soldado raso, dormían a pierna suelta, roncando como unos benditos.

Entonces, no teniendo ya más que hacer, se rindió.

El príncipe lo tomó prisionero y entró triunfante en la ciudad.

Estaba muy tranquilo un día, cuando llegaron unos marinos y enseñándole unas piedras preciosas, le dijeron que allá lejos, en medio del mar, había unas islas donde podía encontrar grandes tesoros.

Pero él no les creyó con tanta facilidad y llamando a un brujo cuyo nombre era Antarqui y que tenía el poder de volar lo mismo que las aves, le ordenó que fuera a las islas y viera lo que había en ellas.

El mago esperó que anocheciera y cuando salió la luna y el cielo se cubrió de estrellas, el mago extendió los brazos como si fueran alas y fue elevándose por los aires, cual un gigantesco pájaro, hasta que desapareció tras las nubes.

Pasaron muchas horas y Antarqui no volvía. El Príncipe empezaba ya a inquietarse cuando, al amanecer, oyó un ruido. Salió rápidamente de su tienda de campaña y vio al brujo que descendía moviendo lentamente los brazos que sonaban: plac, plac, plac; al batir el aire.

—¡Brrr!, dijo el mago en cuanto puso pie en tierra, ¡qué frío tan terrible hace allá arriba!

—¿Qué polvo blanco es éste que te cubre todo el cuerpo? preguntó el príncipe.

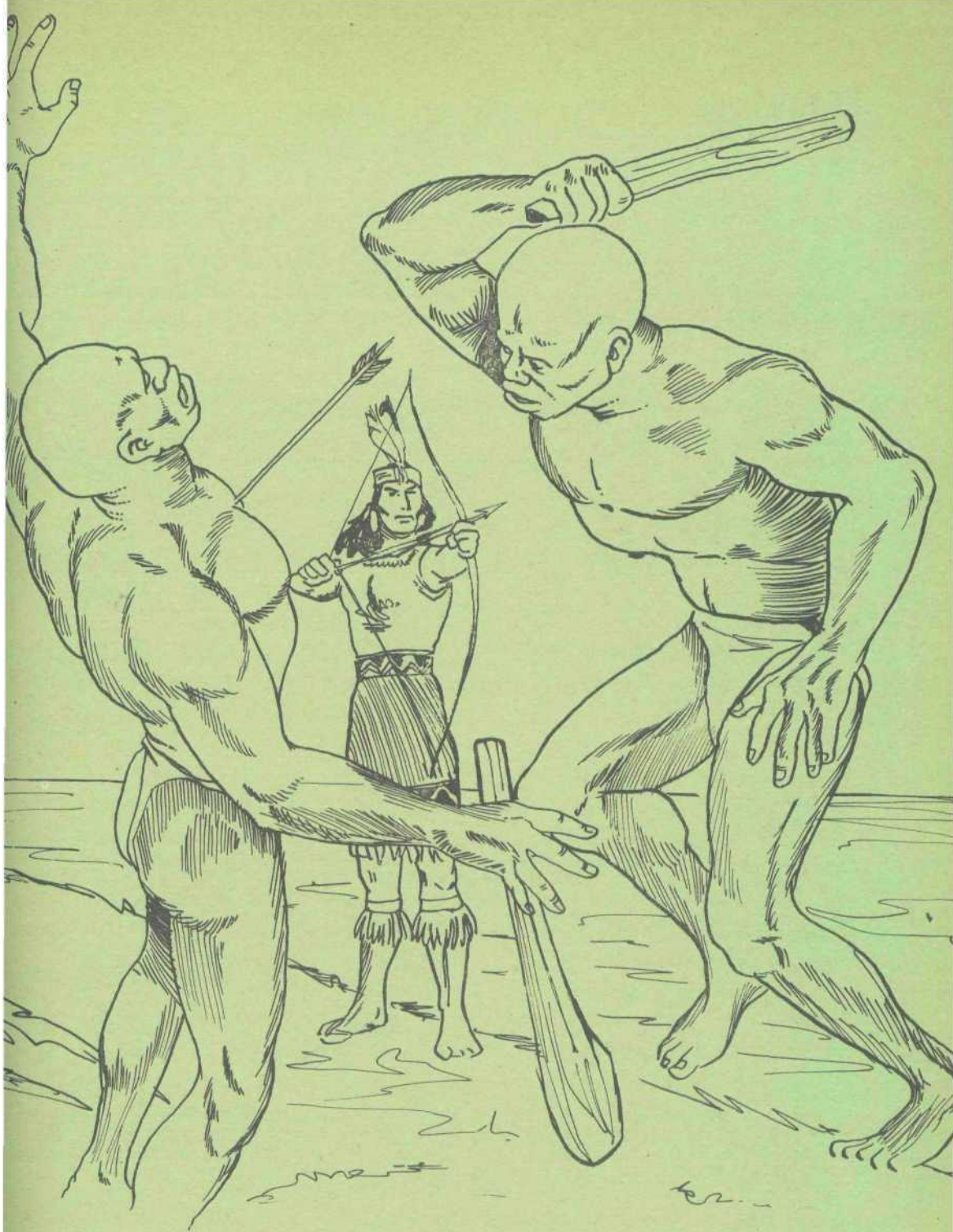
—¡Brrr, respondió el brujo tiritando, es la nieve de la altura!

—¿Qué luz tan extraña brilla en tus ojos?

—La luz de las estrellas que he visto de cerca, allá en el cielo.

—¿Por qué tienes las manos tan calientes, cuando todo tu cuerpo está frío?

Entonces Antarqui abrió el puño izquierdo que traía cuidadosamente cerrado y mostró al príncipe una piedra brillante, que lanzaba chispas, como un carbón encendido. En seguida frotóse con



El príncipe atacaba con las armas que le había dado el Sol...

ella el cuerpo, al instante, toda la nieve que lo cubría se derritió, quedándole la piel completamente seca y bien calentita.

—Esto es un aerolito que pasó delante de mí, cuando retornaba de las islas, dijo el brujo.

—¿Y qué has visto allá?; preguntó el joven.

—¡Oh príncipe, respondióle, jamás he contemplado islas más bellas. Sus bosques son verdes como esmeraldas, en sus mares nadan peces que brillan como si fueran de plata y en el palacio del rey se encierran riquezas maravillosas!

Inmediatamente embarcóse Túpac-Yupanqui seguido de su ejército, en dirección a aquella tierra.

Pasaron los meses y los años, el joven no regresaba y el inca y la reina lloraban sin consuelo en el palacio del Cuzco, creyendo muerto a su hijo.

Una tarde en que el monarca se hallaba paseando tristemente en sus jardines de oro, llegó corriendo hasta él un hombre cubierto de sudor y ya casi sin fuerzas. Aquel chasqui sólo pudo decir estas palabras: ¡Majestad, el príncipe vuelve!; y cayó desmayado por la larga carrera.

El inca, seguido por los nobles y por todo el pueblo, salió inmediatamente a las afueras de la ciudad, a recibirlo.

Entró Túpac-Yupanqui sentado en sus andas de oro; en la mano derecha llevaba el brillante escudo adornado con piedras preciosas y en la izquierda, el cetro que había arrancado de manos del rey de las Verdes Islas. Su padre lo recibió llorando de felicidad y lo condujo a palacio donde se encontraba la reina.

Entonces el príncipe les dijo:

—Quiero enseñaros los regalos que he traído para vosotros; y ordenó que entraran los esclavos negros, naturales de las islas.

Eran tres hombres enormes. Avanzó el primero, conduciendo un cofre y el joven extrajo de él joyas bellísimas que brillaban despidiendo rayos dorados, rojos, amarillos y verdes.

En seguida llamó al segundo esclavo. Este era más alto que el anterior y sus brazos y piernas, tan gruesos como troncos de árboles. Mandó el príncipe que sacara lo que llevaba en el cofre. Entonces el criado abrió la gran caja y extrayendo de ella la piel de un animal, la extendió en el suelo.

—Esta es, padres míos, dijo el joven; la piel de un animal extraño que el monarca de las Verdes Islas tenía ante su silla.

En seguida se acercó el tercer esclavo; era tan alto como un edificio y sus piernas y brazos, tan grandes y fuertes como las torres de las fortalezas. Abrió el gigante el cofre enorme que traía sobre los hombros y de su interior sacó un sillón de oro: el trono del rey de las islas.

Entonces el inca exclamó:

—Querido Túpac-Yupanqui, yo te escojo entre todos mis hijos para que me sucedas en el trono cuando yo muera.

Luego ordenó que se celebraran fiestas durante ocho días y que se sirviera un banquete para todo el pueblo, en la plaza principal, con el fin de festejar así, el triunfo del valeroso príncipe.

El Mago del Tambor

HABIA una vez, hace muchísimos años, una ciudad muy hermosa llamada Pariallá. Sus caminos se hallaban siempre llenos de flores y sus casas de piedra primorosamente labrada, estaban adornadas con alfombras y tapices de tan brillantes colores que jamás se han vuelto a ver otros tan bellos.

Habitaba esta ciudad gente muy trabajadora, hombres y mujeres tejían preciosas telas con hilos de oro y plata.

Un buen día llegó a Pariallá, un anciano. Caminaba apoyado en un bastón, su espalda se encorvaba tanto, que el hombre se hallaba casi doblado en dos, sus viejos vestidos estaban ya hechos jirones.

Los niños que jugaban en la plaza, al ver aparecer a aquel desconocido, empezaron a burlarse del infeliz. Unos iban tras él, imitando su manera de andar, otros le tiraban de sus viejos vestidos y algunos, hasta le insultaban. Mas el anciano seguía caminando muy tranquilo, sin hacer caso de aquellos malvados chicuelos.

Anduvo largo rato, seguido de los niños, atravesó la ciudad y cuando ya se hallaba cerca de la salida del pueblo, introdujo la mano en una gran alforja y sacando de ella un lindo tambor dióselo a los muchachos, sin decirles una sola palabra.

Los chiquillos lo recibieron encantados y dirigiéndose al cerro donde jugaban siempre, comenzaron a tocar el instrumento con manos y pies.

¡Brun bun buun!; resonaba el tambor y el ruido repercutía entre los cerros y llegaba hasta las casas donde se hallaban las personas grandes.

¡Bruun buun buun!; a cada momento retumbaba más fuerte y los muchachos encantados palmoteaban y decían:

—¡Qué viejo tan zonzo; habernos hecho este regalo, después de que nosotros lo hemos insultado!

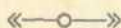
¡Burrumbun, buuun, buuun!; sonó de pronto, con tal estruendo, que todos los que tejían dejaron el trabajo, asustados y dijeron:

—¿Qué será eso?

No habían acabado de hablar, cuando el muchacho mayor de la partida dio un puntapié al instrumento e hizo un hueco en uno de las redondelas de cuero. En el mismo instante, se oyó un ruido espantoso como si hubieran sonado cien truenos y comenzó a salir del tambor agua y más agua. El líquido brotaba en cantidad tan grande que parecía una inmensa catarata. Pronto anegó las calles, entró en el interior de las casas, inundó todo el campo y fue subiendo, con tal rapidez, que en un dos por tres cubrió el pueblo, las chacras vecinas y el cerro donde se hallaban aquellos malvados palomillas.

Aquel anciano había sido un poderoso mago y su tambor estaba embrujado. El viejecillo quiso entrar en Pariallá disfrazado de mendigo para probar si la gente que allí vivía tenía buen corazón.

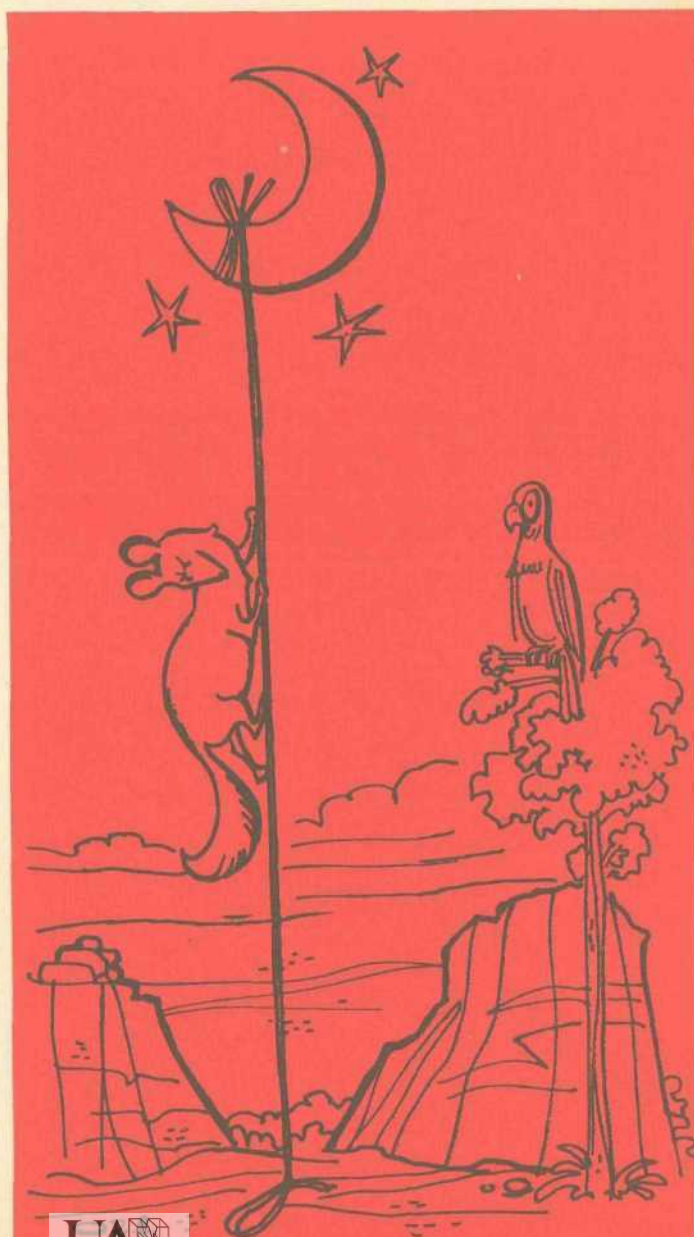
Los viajeros que pasan hoy por ese lugar, contemplan maravillados una laguna azul como el cielo y transparente como el cristal, rodeada de verde hierba y de hermosas flores. En el fondo del lago se encuentra la ciudad de Pariallá, completamente cubierta por las aguas.



La Zorra Vanidosa

HABIA una vez una zorra que tenía un lindo hociquillo delgado y puntiagudo, piel muy sedosa y fina y unos ojitos traviesos que todo lo atisbaban con gran curiosidad. Era la más bonita de todas las zorras del lugar. Sabía muy bien que era hermosa, pero en vez de dar gracias a Dios que la había hecho así, despreciaba a sus hermanas que no eran tan lindas como ella.

¡Cómo le gustaba la luna! En las noches, cuando el astro brillaba en el cielo, la zorra dejaba su madriguera oscura, salía al campo y mientras su familia se dedicaba a asaltar los nidos de las huashuas y a robarles sus polluelos para devorarlos; ella, sentada en una peña, se pasaba las horas,



pensando cómo podría hacer para subir al cielo y contemplar de cerca a la Luna; hasta que por fin se le ocurrió una idea.

Una noche en que el astro fulgía más hermoso que nunca, cogió una sogá, se dirigió a un cerro en el cual vivía un cóndor y aguardó a que su amigo volviera a casa.

De pronto oyó ruido de alas y vio que llegaba el ave. Púsose entonces a suspirar para que el pájaro lo oyera.

—¿Qué tienes, por qué estás triste?; preguntó él, tan pronto llegó junto a su amiga.

—Tiempo ha que sufro, respondió ella alzando tristemente los ojos hacia el cielo. Hace muchísimos años que quiero subir hasta la Luna, pero como desgraciadamente no tengo alas, no puedo conseguirlo.

—Oye, dijo luego, con tono zalamero; tú eres muy fuerte y muy inteligente y si quisieras, podrías ayudarme.

—¿Y cómo?, preguntó el cóndor extrañado.

—Muy fácilmente, díjole la astuta zorra. Mira, coges con el pico esta sogá, en seguida vuelas hasta la Luna y una vez que has llegado, amarras a ella la cuerda con toda tu fuerza. Luego avientas a la Tierra el otro extremo y yo trepo por él.

Voló el cóndor hasta la Luna, hizo lo que su amiga le había pedido y cuando todo estuvo listo dio la voz a la zorra.

Entonces ella, meneando la cola con gesto pretensioso, se acercó al extremo de la cuerda que era nuevecita y muy blanca y brillaba como si fuera de plata, y comenzó a subir con gran facilidad.

Había trepado apenas unos cuantos metros, cuando miró hacia abajo y vio a sus hermanas que corrían por el campo muy atareadas, entrando y saliendo de sus madrigueras construidas en el interior de los cerros. En el acto pensó: ¡Pobres animales miserables

que tienen que vivir siempre en la Tierra dentro de esos huecos oscuros y sucios. Ninguna de ellas vale lo que valgo yo, que puedo ir por los aires como los pájaros!

Reflexionaba de este modo, cuando sintió una voz que chillaba: ¡Ja, ja ja ja ja!

Inmediatamente, la zorra, que era muy amiga de armar pendencias, pensó: ¿Quién será el atrevido que se burla de mí?

En aquel mismo instante distinguió una lora de brillantes plumas, que batiendo sus hermosas alas verdes, volaba muy cerca de ella.

Al instante, la pretensiosa, sin pensar más, dejó de trepar y se puso a gritar al pájaro que ni siquiera la había visto:

—¡Lora ridícula! ¿Tú sabes quién soy yo, para que te atrevas a burlarte de mí?

La lora no la oía al principio y seguía cantando muy alegre: ¡Ja ja ja ja!

Más encolerizada todavía, al ver que el ave no le respondía, volvió a gritarle:

—¡Lora pesada, que ni volar con gracia puedes. Tú jamás llegarás tan alto como yo, que voy a la Luna!

Esta vez sí la escuchó el ave que tenía muy mal genio. Oírse llamar pesada y sin gracia y ponerse furiosa, todo fue uno. Las coloradas plumas de su cabeza se tornaron más encarnadas aún y toda su cara enrojeció de tal modo, que parecía que iba a reventar de rabia. Con voz ronca por la ira exclamó:

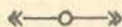
—¿Qué te he hecho yo para que me insultes de este modo?

Y abalanzándose sobre la sogá, comenzó a dar en ella tan fuertes picotazos, que la cortó.

¡Pobre zorra! Empezó a descender por los aires, tan rápida como una flecha.

¡Hermanos míos, hermanas mías; gritaba la infeliz mientras caía, recibidme que me voy a estrellar!

Pero sus hermanos que se hallaban durmiendo muy tranquilos en sus madrigueras, no la oían, como justo castigo del Cielo por su vanidad y la pobre fue a estrellarse contra una peña, destrozándose.



La Laguna Maravillosa

GOVERNABA el Imperio de los Incas un rey que tenía un solo hijo muy hermoso y bueno.

Y sucedió que este príncipe enfermó gravemente, y que los médicos de la corte dijeron al emperador que el joven sanaría si una niña traía desde un lago muy lejano que existía en el lugar en que el mundo ya se acaba, un poco de agua y se la daba a beber. Inmediatamente mandó el rey a los pregoneros que fueran por las calles y los campos, tocando sus trompetas y ofreciendo grandes recompensas a la niña que salvara al príncipe.

En un cerro muy verde, cubierto de flores amarillas como el oro y de tunas de hojas brillantes, vivía una pastorcita llamada Súmac, que quiere decir, "Linda".

Y era, en realidad, muy bonita y además muy buena, aquella niña.

Su única riqueza la constituía un rebaño de llamas que todos los días llevaba a pastar.

Se hallaba sentada una tarde, a la puerta de su choza, hilando lana de sus llamitas, cuando de pronto llegó hasta ella el son

de una trompeta y en seguida, la voz del pregonero del emperador que decía:

"Regalará el Inca tesoros
Y un gran palacio todo de oro,
A la doncella bella y virtuosa
Que traiga el agua maravillosa
Por cuya mágica virtud
Recobre el príncipe la salud".

Oír esto la niña y pedir permiso a sus padres para ir a buscar el agua maravillosa, todo fue uno.

Los honrados pastores accedieron y esa misma tarde partió Súmac hacia la laguna mágica. Antes de salir despidióse de su papá y de su mamá y luego fue al corral donde descansaban sus llamitas. Cambió por otras nuevas, las borlas de lana de colores que adornaban siempre las orejas de sus animalitos, besó a cada uno en la frente y salió. Ellos la contemplaron con los ojos llenos de lágrimas, muy tristes por su partida, pero como no sabían hablar, no pudieron decirle adiós.

Llevaba en su bolsita de viaje, granos dorados de cancha muy bien tostada por su madre, un buen trozo de charqui y un cantarito de sabrosa chicha. Era cuanto podían dar aquellos pastores a su hija. Dios velaría por ella.

Caminó Súmac durante todo el día, hasta que al anochecer llegó a un valle lleno de frondosos árboles.

Allí se detuvo y después de haber hecho una frugal comida y de haberse encomendado a Dios, se acostó. Pero no podía conciliar el sueño. Tenía miedo a los pumas terribles que salen en la noche de sus guaridas. Pensó que sería mejor trepar a un árbol y así lo hizo, acomodándose entre las ramas de un hermoso lúculo.

Muy poco había dormido, cuando la despertaron unas voces suaves. Aguzó el oído y dióse cuenta de que provenían de los nidos de los pajaritos.

Los gorriones hablaban entre sí.

—Pobre niña, decía uno. Jamás logrará llegar al lugar donde va, porque queda tan lejos que, aunque caminara con ojotas de cobre, no podría resistir el largo viaje.

Otra avecilla preguntó entonces:

—¿Y no habrá ningún medio para ayudarla?

—Sí, respondió el primer pájaro. Si toma algunas plumas de nuestras alas y hace con ellas un abanico, llegará muy pronto al fin del mundo. Deberá acercarse entonces a la orilla de la inmensa laguna que allí se extiende. En ese lugar la han de atacar tres enormes animales: primero un cangrejo inmenso, luego un gran lagarto y finalmente una serpiente con alas. Ella deberá sacar en el acto, de su bolsa, el abanico de nuestras plumas y ponerlo sin temor ninguno, ante los ojos de las fieras que custodian la laguna y que inmediatamente caerán presas de profundo sueño.

Aguardó Súmac que los pajaritos se durmieran y entonces deslizóse hasta uno de los nidos y con mucho cuidado arrancó una pluma de cada avecilla. Tal maña se dio para hacerlo, que los gorrioncitos no sintieron nada y siguieron durmiendo profundamente.

Dispuso luego las plumas en forma de abanico, las amarró y las guardó en su bolsita.

En cuanto comenzó a clarear, bajó del árbol y reanudó la marcha.

Caminó durante todo el día, pero notó que ya no se cansaba ni sentía tanto frío como la víspera, apesar de que iba subiendo cerros cubiertos de nieve.

Al caer la noche tomó algunas provisiones de su bolsa y luego echóse a dormir sobre un montón de paja, cubriéndose con su mantita.

Al día siguiente despertó muy temprano. Pero, ¿qué veía? No podía creerlo. En vez del campo de nieve en que había dormido la noche anterior, contemplaba una inmensa pampa de arena y en lugar de la paja en que se acostara, suaves hojas de plátano formaban un mullido colchón bajo su cuerpo.

Acordóse entonces de la extraña conversación de los pajaritos y comprendió que eran las plumas que llevaba consigo las que la habían transportado volando hasta ahí.

Miró al frente y vio que a pocos pasos de ella se extendía un lago inmenso y que allá lejos, pero muy lejos, acababa el lago en una línea larguísima en la cual empezaba el cielo.

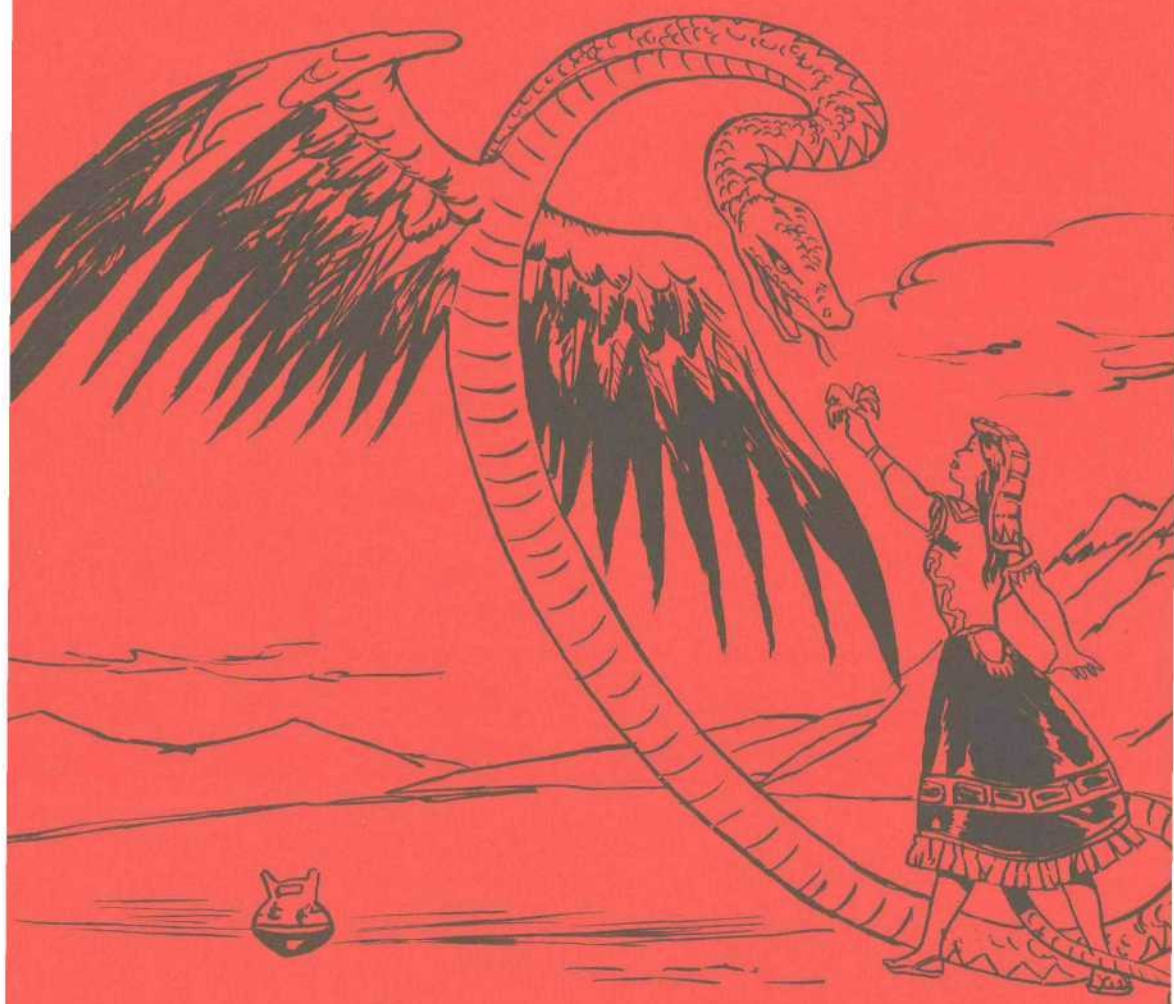
Ese era, indudablemente, el sitio en el que terminaba el mundo. Había llegado, pues, al lugar de donde debía sacar el agua que sanaría al príncipe.

Extrajo de su saquito el abanico de plumas y, encomendándose a Dios, avanzó hasta la orilla.

Las aguas eran mansas y claras, de un bellissimo color verde, y aquí y allá levantábanse olas pequeñas, de espuma tan blanca como la nieve.

Sintió de pronto Súmac un ruido a sus espaldas y volviéndose vio que un enorme cangrejo, negro como la noche, salía de entre unas rocas y se dirigía a ella, amenazándola con cortarle la cabeza con sus filudas tijeras.

Cogió la niña el abanico entre sus deditos y extendiendo el brazo marchó resueltamente hacia la fiera. Pero cuando se hallaba sólo a dos pasos del horrible animal, éste comenzó a cerrar los



Apareció una serpiente con alas, que al volar oscurecía el sol.

ojos; hasta que se quedó quieto y aplastóse sobre la arena, profundamente dormido.

Inmediatamente oyó Súmac que las aguas se agitaban y contempló que de su interior surgía un lagarto. Era verde como la laguna y sacudía la cola golpeando las aguas y haciéndolas saltar con tal fuerza, que llegaban hasta la niña en forma de copiosa lluvia que empapaba sus vestidos. El lagarto abrió la boca, en la cual brillaban afilados dientes y avanzó rápidamente contra Súmac.

Caminó la pastorcita unos cuantos pasos y poniendo ante los ojos de la fiera el abanico de plumas, vio que la bestia comenzaba a pestañear, que sus patas, gruesas como troncos de árboles, se paralizaban y que, de repente, se sumergía en profundo sueño.

Un silbido agudo sonó entonces a su derecha y detrás de un elevadísimo cerro salió una serpiente con alas, tan grande, que al volar oscurecía el sol. Su piel era roja como la sangre y sus ojos lanzaban chispas.

La niña levantó cuanto pudo el brazo, poniendo muy en alto las plumas y esperó llena de valor y confianza.

El terrible monstruo descendió, rápido como una flecha y al llegar cerca del abanico maravilloso cerró suavemente los ojos, se posó en la arena, acostóse lleno de mansedumbre a los pies de Súmac y empezó a roncar.

Rápidamente sacó ella entonces su cantarito, y aproximándose a las hermosas aguas, lo llenó hasta el borde, tapólo con cuidado, lo guardó en su bolsa y emprendió el regreso a su país.

El sol era muy fuerte en aquella playa, la arena quemaba los pies de Súmac, calzados con gruesas sandalias de piel de vicuña, el cántaro pesaba tanto que casi no le permitía caminar. La ponceña sentóse en una piedra y pronto quedóse profundamente dormida.

Era muy temprano cuando despertó al día siguiente. Ya no sentía calor sino un fresco muy agradable. Miró a su alrededor. No se hallaba en el seco arenal de la víspera, sino en su país, en la misma ciudad de donde había salido tres días antes y donde el inca y la coya (reina), esperaban ansiosos el remedio que iba a sanar a su hijo. El corazón le latió con fuerza.

La niña dirigióse entonces hacia el palacio y se acercó a la portada ante la cual se encontraba un enorme centinela. El soldado tenía la piel del color del cobre. Con una mano cogía una lanza, dos veces más grande que él y con la otra, un escudo tan bruñido, que despedía rayos como si fuera de oro.

—Quiero ver al inca, díjole Súmac, apretando contra su pecho el cantarillo.

—¿Y para qué quieres ver al inca tú, chicuela?; preguntó el guarda con voz de trueno.

—Vengo desde el fin del mundo y traigo el agua que ha de sanar al príncipe, respondió ella temblando.

El soldado la miró estupefacto y abrió los ojos hasta ponerlos completamente redondos. Luego, repuesto de su asombro, hízola entrar, conduciéndola a través de bellos jardines en los que crecían plantas de oro con hojas de esmeraldas y por los cuales se paseaban lindas princesas cubiertas de joyas que brillaban como estrellas.

Pero Súmac no se fijaba en esas riquezas maravillosas ni en aquellas preciosas doncellas. Pensaba sólo en el pobre príncipe moribundo quien, según le habían contado, era hermoso y bueno.

Tras mucho andar llegaron por fin a la alcoba del enfermo. El joven se hallaba tendido en su lecho, con los ojos cerrados y pálido como un muerto. La reina lloraba arrodillada al pie de la cama de su hijo y el rey se paseaba a grandes pasos, con expresión desesperada.

Sin hablar una sola palabra, temblando de emoción, Súmac destapó el cántaro y lo acercó a los labios del moribundo. Este bebió un trago, en el acto abrió los ojos y ágilmente se sentó en el lecho.

El inca y la coya, sin atreverse a creer lo que veían, lo cubrieron de besos, llorando de felicidad y luego dijo el rey a la pastorcita:

—Hermosa niña, no tengo con qué pagarte el que hayas devuelto la salud a mi hijo. Todas las riquezas que te obsequiara serían poca cosa para recompensarte. Pídeme lo que quieras, que yo te lo concederé inmediatamente.

Súmac le respondió:

—¡Oh, generoso inca, somos muy pobres. Lo único que te pido es una chacrita para que mi padre pueda sembrar en ella!

Entonces el rey ordenó que le dieran extensas tierras, un rebaño de llamas, uno de vicuñas y otro de alpacas y, además, el palacio todo de oro y las grandes riquezas que había mandado ofrecer con el pregonero.

Inmediatamente envió el monarca un emisario por los padres de Súmac, los colmó de regalos y los invitó a entrar en la regia mansión que les obsequiaba, donde vivieron muy felices con su hijita por el resto de sus días.



La Ranita del Puquio



VIVIA una vez, en el fondo de un puquio (fuente), una ranita feísima pero muy buena. Siempre miraba a sus hermanas que eran mejores que ella y pensaba suspirando: ¿Dios mío, por qué seré tan fea? Pero no sentía envidia y vivía resignada con su horrible cara.

Al lado del puquio se elevaba un cerro muy alto que llegaba hasta las nubes. A ningún hombre se le había ocurrido jamás vivir en ese lugar tan triste y tan frío, pero un gran cóndor, volando un día por aquella montaña, la encontró muy de su agrado e hizo en ella su casa. Era un precioso palacio, como tenía que serlo forzosamente, porque el cóndor es el rey de todas las aves que moran en los Andes. Las paredes y el suelo se hallaban por entero cu-

biertas con pieles de vicuñas, el nido del inmenso pájaro estaba formado con mullidas plumas y en la despensa había siempre una magnífica presa cazada por el cóndor.

Pero eso sí, en una cosa no se parecía el cóndor a los reyes que poseen siempre miles de sirvientes y de lacayos. El tenía como servidora, solamente a una niña a quien había robado un día en que la pobrecita iba por el campo, llevando su rebaño de llamas. Era una preciosa chiquilla. Sus padres habíanle puesto por nombre Coyllur que quiere decir, estrella; porque su hijita era tan linda como un lucero.

La ranita veía a la niña, las pocas veces que el malvado pájaro la dejaba asomar a la puerta del palacio. Al mirarla, el animalito decía:

—¡Pobre criatura, tan bella y tan desgraciada. Si yo pudiera hacer algo por salvarla!

Una tarde, mientras el cóndor dormía, ocurriósele a Coyllur ir al puquio a lavar. En cuanto sintió que el ave despertaba, se movía en su lecho de mullidas plumas y comenzaba a bostezar, abriendo el grueso pico tan duro como la piedra, entró en la alcoba. Tuvo que taparse el rostro y cerrar los ojos, pues le dio en la cara un fuerte ventarrón. Era que el pájaro se desperezaba, agitando sus enormes alas.

—Ja ja ja; exclamó el ave. ¡Qué buen sol para salir a cazar vicuñas!

Después esponjó la golilla blanca como la nieve, que le rodeaba el cuello. En ese collar de plumas sin una sola mancha, cifraba el cóndor todo su orgullo. En seguida, miró a la niña con ojos que lanzaban chispas y díjole:

—¿Preparaste ya la comida?

—Sí, contestó Coyllur, ya está todo listo. Puedes ir a almorzar; entre tanto, yo bajaré al puquio a lavar mi ropa.

—¿Al riachuelo a lavar la ropa. Estás loca? ¡Ah, bribona! ¿Para escaparte?; respondió el cóndor.

Entonces repuso ella:

—Mira, mientras lave, golpearé la ropa con fuerza y así, oyendo el ruido, tendrás la seguridad de que estoy ahí.

—Bueno, anda. ¡Pero como trates de huir, pobre de ti!; replicóle con voz terrible.

La pobrecita echóse a la espalda el atado de sus vestidos y entonando una triste canción, bajó hasta el puquio. Por fin llegó a la orilla y empezó a llorar amargamente.

La ranita que se hallaba en su casa hecha de verde musgo y blancas piedrecillas, escuchó los sollozos y salió a tierra para ver qué era aquello.

De pronto sintió Coyllur un extraño sonido:

—Rooque, rooque.

Descubrióse la cara y vio al animal que, sentado en una piedra, la miraba con ojos llenos de cariño, y oyó que le decía, con voz gangosa:

—Querida niña, no te aflijas. Hoy va a terminar tu desgracia. Mira, yo tomaré tu forma, me convertiré en una chiquilla idéntica a ti y seguiré golpeando la ropa, de modo que el cóndor no note nada. Entre tanto, huirás y detrás de ese cerro, encontrarás gente que te ayudará a volver a tu casa.

Entonces Coyllur levantóse y la ranita ocupó su lugar, mientras le decía:

—Aprovecha, escapa antes de que ese malvado pájaro salga.

—Gracias, respondió la pobrecilla, no tengo con qué pagarte e inclinándose hacia la rana la besó en la frente; y en ese mismo

instante, el horrible animalito convirtiéndose en una preciosa criatura igual a Coyllur.

Luego la chiquilla corrió con todas sus fuerzas, hacia el pueblo cercano, mientras la ranita transformada en ser humano, golpeaba la ropa sin descansar.

Terminó el cóndor de almorzar una vicuña entera, bebió un porongo de chicha y pensó:

—¡Cómo tarda esta ociosa! Seguro que está remoloneando allá abajo. Voy a ver lo que le falta lavar. Y saliendo de su palacio de rocas, se asomó al riachuelo.

Pero, cuál no sería su asombro, al contemplar que la niña, levantándose rápidamente de la piedra en que estaba sentada, se sumergía en la corriente y se hundía, desapareciendo entre las ondas.

¿Qué sucedió a la ranita entonces?

Al volver su cuerpo a las aguas, recobró de nuevo su forma. Tan luego tocó la arena del fondo, todas las ranas, los sapos y los peces que vivían en el puquio la miraron extrañados. En un segundo se vio rodeada de cientos de animales que la observaban con asombro.

¿Pero, cuál era la causa de tal admiración? Al besar Coyllur en la frente, al bondadoso animalito, había aparecido en el sitio mismo en que se posaron los labios de la niña, una luz bellísima. Aquel resplandor cubría el cuerpo de la ranita, alumbraba las aguas con un fulgor tan intenso como el de un lucero y hacía brillar, cual piedras preciosas, los guijarros del lecho del manantial.

Entonces los peces se cogieron unos de otros con sus aletas y formando una ronda en torno a su amiga, comenzaron a cantar:

Glu-glu.

Señora Ranita,

¿qué tiene en la frente,
que está tan bonita?

En seguida los sapos estiraron sus cortas y gruesas manos y, haciendo un círculo al rededor de ella, cantaron:

Cuac, cuac.
Llevas en la frente
un vivo destello
de luz refulgente.

Finalmente, las ranas, más felices que nunca, extendieron sus chatos y largos brazos y, danzando en torno a su hermana, entonaron esta canción:

Rooque, rooque.
Te puso en la frente
aquella doncella,
una luz que brilla
igual que una estrella.

Y desde aquel día la ranita fue la reina de la fuente.

«—○—»

I N D I C E

Prólogo	3
Los ocho hermanos	5
Don Perezoso	27
Aventuras de un Batán	31
El Arbol de la Felicidad	39
Corazón de Oro y Corazón de Piedra	43
Por qué vive el Añás debajo de la tierra	49
El Espejo Mágico y los hombres de piedra	55
Otorongo el orgulloso	63
El arriero, la serpiente y la zorra	69
Los Hijos del Sol	73
Espinito tímido	79
Doña Zorra y su Compadre Gallinazo	89
El Vaso encantado	93
Cómo consiguió sus espinas el Queshque	99
El príncipe que conquistó las Verdes Islas	103
El Mago del Tambor	111
La Zorra Vanidosa	113
La laguna maravillosa	117
La ranita del puquio	127

Este Libro se terminó de
imprimir el día 12 de
Agosto de 1963 en los
Talleres **SESATOR Tipo-
Offset**, bajo la dirección
de Augusto L. Villanueva,
Av. Sucre 1200 - P. Libre.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID



5406007585